

NELSON VERGARA MUÑOZ

# DE ESTO Y AQUELLO



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS  
EDITORIAL



# **DE ESTO Y AQUELLO**

Vergara, Nelson  
De esto y aquello / Nelson Vergara – Osorno;  
Editorial Universidad de Los Lagos, junio de 2021  
140 P.; 17 X 24 cm cerrado  
RPI: 2021-A- 5764 ISBN: 978-956-6043-40-9  
1. Filosofía 2. La reflexión cotidiana  
3. Imaginarios 4. Representaciones

DE ESTO Y AQUELLO  
Primera edición: junio de 2021  
© 2021 Nelson Vergara  
RPI: N° 2021-A-5764

© 2021 Editorial Universidad de Los Lagos  
ISBN: 978-956-6043-40-9  
editorial@ulagos.cl  
www.editorial.ulagos.cl

Edición: Carolina Carillanca Carillanca  
Dirección de arte: Alexis Hernández Escobar  
Fotografía de Nelson Vergara: Víctor Navarro,  
Unidad de Imagen Corporativa Institucional ULagos.

La presente edición ha sido posible gracias al proyecto ULA 1895 “Fortalecimiento de la investigación y posicionamiento institucional para el desarrollo regional”, financiado por el Ministerio de Educación.

Derechos reservados.  
Prohibida la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio impreso, electrónico y / o digital, sin la debida autorización escrita de sus herederos y Editorial Ulagos.

Impreso en Santiago de Chile

**Nelson Vergara Muñoz**

**DE ESTO Y AQUELLO**



**UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS**  
EDITORIAL



# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
PRESENTACIÓN DEL AUTOR.....	19
PARTE I	
OPINIONES (IN)DISCIPLINADAS	
“Las instituciones funcionan” .....	23
“Las instituciones funcionan (Continuación)” ...	25
“Las instituciones funcionan (A modo de cierre)” .	29
“Ser hombre de principios” .....	33
“La opinión pública” .....	39
“Sólo distinciones semánticas 1” .....	43
“Sólo distinciones semánticas 2” .....	47
La relación entre saberes y ambientes .....	51
La vuelta del lugar 1 .....	57
La vuelta del lugar 2.....	61
Sobre el espacio vital.....	67
“Hay que tener identidad” .....	71
Sobre identidad y espacios cotidianos .....	75
Una mirada a las identidades actuales en Chiloé 1 .....	81
Sobre complejidades.....	89

## PARTE II

### IMPRESIONES EN MIL FRAGMENTOS

La gente pasa .....	95
Paisajes oníricos.....	97
La era del simulacro.....	99
Un escritor como tantos (otros) .....	103
De cartas (in)terminables a O. (2012).....	105
Otra vez la hora del lobo .....	107
La tormenta: el regreso .....	109
Los remolinos .....	113
De un diario desconocido, para un tiempo olvidado .....	117
Emociones encontradas .....	121
La Fisa .....	125
Nevenka.....	127
Cara de museo .....	131
Bandadas .....	133
Adriana.....	135



*Dedicatoria*

Elisa Stella Del Carmen González Venegas

Marcela Trinidad Vergara González  
Marcia Andrea Alejandra Vergara González  
Mariella Paz Vergara González  
Ricardo Alejandro Vergara González

Claudio Alexander Wevar Vergara  
Felipe Mauricio Wevar Vergara  
Vannia Carolina Wevar Vergara  
Daniel Andrés Venegas Vergara  
Fernanda Rayén Benavides Vergara



## PRÓLOGO

La presente colección de textos del profesor y filósofo Nelson Vergara Muñoz, reunidos bajo el título “De esto y aquello”, que publica de manera póstuma la Editorial de la Universidad de Los Lagos, nos muestra una faceta poco conocida de su producción intelectual, en tanto no se enmarca en el estilo de expresión filosófica que le conocemos a través de diversos escritos anteriores. El título del libro es quizás poco orientador sobre su contenido, más bien, apela a la curiosidad del lector invitándolo a explorar en conjunto, temas y problemas de la vida humana, de la sociedad, de la cultura y de la realidad cotidiana, con pinceladas reflexivas desde la filosofía, aunque sin recurrir al lenguaje técnico especializado, sino más bien en la línea de uno de sus referentes, Ortega y Gasset, quien sostiene que “La claridad es la cortesía del filósofo”, y que la filosofía debe estar abierta y porosa a todas las mentes.

El texto consta de dos partes, en la primera explora temática y metodológicamente, un conjunto de quince micro análisis críticos de frases y conceptos que denomina *Opiniones*. La segunda parte reúne otros quince textos a modo de mostraciones literarias, que titula *Impresiones*. Los contenidos de ambas partes, aun cuando se formulan en diferentes estilos, aportan ya sea de manera explícita o sugerente, una aguda y fértil reflexión filosófica, lo que refleja la vastedad de intereses

y lecturas que tuvo el profesor Vergara en su dilatada trayectoria académica.

Desde los años 70, motivado por su aguda sensibilidad intelectual, extendió su campo de interés más allá de la frontera disciplinaria de la filosofía, desde el psicoanálisis hasta el planteamiento de científicos, como François Jacob, quien postula una vinculación de la biología, con la filosofía y la antropología, y la necesidad de que la ciencia se desprenda de la aspiración a lo absoluto y definitivo, propio del cientificismo moderno. En Alexandre Koyré encuentra la idea de que el avance de la ciencia no es sólo el resultado de una acumulación sucesiva de métodos y leyes, sino que también juegan un rol determinante las condiciones del contexto histórico en el cual la ciencia se desarrolla. Planteamiento que tiene proyección en Thomas Kuhn, quien instala el concepto de paradigma científico, reconociendo en su composición la variable histórica. Posteriormente, el profesor Vergara deriva esta línea investigativa desarrollando su tesis de grado en Karl Popper, uno de los filósofos de la ciencia más importantes del siglo XX.

Paralelamente, el profesor Vergara desde la perspectiva de Ortega y Gasset y de Martin Heidegger, investiga el rol de la técnica en la vida humana. Consecuentemente, incorpora a sus estudios los cambios culturales que genera la incorporación de las nuevas tecnologías. Así, desde pensadores sociales como Alvin Toffler analiza los efectos que provoca la aceleración de los cambios en las estructuras sociales y en las dificultades de adaptación que sufren los individuos en su propio medio, especialmente en las sociedades de alta tecnología, que padecen una suerte de progeria. Pone a la vista además, elementos que justifican la vigencia de los planteamientos de Marshall McLuhan, sobre el cambio de paradigma que genera la in-

corporación de las tecnologías informáticas, entre el espacio visual, lineal, cuantitativo, de nuestra cultura occidental y el espacio acústico y holístico.

Sin embargo, un centro de gravedad de las investigaciones del profesor Vergara, desde el cual y hacia el cual mantiene una preocupación permanente, como él mismo lo reconoce, es la afirmación orteguiana de que la vida humana está conformada por el hombre como individuo y su circunstancia. Desde ese referente, se trata de saber cómo se estructura esta interrelación yo-circunstancia, y saber en términos de Ortega es “saber a qué atenerse”. Radica aquí, una matriz metafísica y epistemológica por la cual transitó permanentemente el profesor Vergara en sus investigaciones, junto a diversas teorías y autores, de los cuales hay evidencia abundante en los temas aquí tratados.

Pero la presente publicación, muestra además, la modulación que han tenido en el pensamiento del profesor Vergara las ideas de filósofos a los cuales ha recurrido, y la articulación dialógica que logra establecer con diferentes visiones, abriendo nuevas vías de análisis para entender el mundo, la sociedad y la vida humana, en su dimensión histórica. Para ello postula la necesidad de un cambio de paradigma de la metafísica clásica, que con su base epistemológica racionalista aspira a entender el mundo y la vida humana sólo desde una relación lógica de conceptos, sobre la base de categorías dicotómicas entre sujeto y objeto, lo sensible y lo inteligible, materia y espíritu, en definitiva, buscando las condiciones de posibilidad del mundo desde una ontología fundada en principios invariables, accesibles sólo mediante la formulación de leyes, desechando como apariencia o no verdad, lo cambiante.

No obstante, desde la instalación de la fenomenología y del existencialismo, la filosofía propone además hacerse cargo de la experiencia del mundo, de un contacto pre conceptual, previo al pensamiento sobre el mundo. Uno de los efectos de esta perspectiva, consiste en reconocer que la filosofía y la literatura no pueden tener fronteras infranqueables. La historia de la filosofía desde su origen nos entrega diversos ejemplos, Parménides se expresó en poemas, Heráclito y Nietzsche con aforismos, Sartre y hoy Savater además de tratados escribieron novelas. La filosofía, dice Heidegger, puede permanecer oculta y manifestarse en el mito, en la poesía, en la ciencia, sin ser reconocida como filosofía. Pero claro, una lectura atenta la deja en evidencia y a eso nos invita el profesor Vergara en esta publicación. El conjunto de temas que trata y la metodología de análisis, si bien no constituyen un sistema, tampoco es una simple agrupación aleatoria de temas e imágenes literarias. Con Opiniones e Impresiones, lo que propone es abrir una modalidad más amplia de intelección desde ambas perspectivas, hacerlas dialogar como perspectivas de intelección complementarias.

El concepto de opinión como *doxa*, desde la antigüedad arrastra el estigma de una categoría gnoseológica de segundo orden, en contraposición a la *episteme*, que designa un modo de saber acerca de las cosas y no sólo la constatación o pensamiento acerca de ellas. Aquí el profesor Vergara le da una modulación distinta. De los quince textos contenidos en la primera parte, bajo el título Opiniones, en ocho de ellos aborda expresiones y frases de uso común, como “Las instituciones funcionan”, “Sobre opinión pública”, “Ser hombre de principios” entre otras, y las somete a un agudo examen, poniendo a la vista sus ambigüedades y contradicciones y la falta de contenido que ocultan bajo su aparente consistencia. Son, en definitiva,

tópicos que atribuye a confusiones, producto de una disociación social, donde opiniones personales pueden arrogarse el status de opinión pública, con el riesgo que conlleva asumir dichas expresiones como rectoras de conductas o soporte de estructuras sociales. Por cierto, las funciones no dan cuenta de lo que las instituciones son *de suyo*, ni la declaración ser hombre de principios, aun cuando se haga con honesto convencimiento, no da cuenta de la condición *principal* en que se sostiene. Sirven más bien para “salvar las apariencias”. Una muestra de lo que Eduardo Galeano llama “cultura del envase”, en la que el envase importa más que el contenido, el contrato matrimonial más que el amor, el físico más que el intelecto.

Los siguientes siete textos de Opiniones, muestran breves reflexiones sobre algunos temas que ocuparon su atención en la última década, la relación entre ambiente y saberes, el concepto de lugar, espacio vital, entre otros, categorías que analiza desde una perspectiva filosófica pero con clara proyección antropológica. A partir de la fórmula orteguiana de la vida humana, conformada por “hombre y circunstancia”, instala propuestas innovadoras para redefinir esta fórmula sobre la base de las interrelaciones entre los seres humanos y su circunstancia, y sus componentes ya sea materiales o simbólicos, perspectiva que permite mejor entender la radicalidad y complejidad de la vida humana, y la constitución de saberes en su modulación histórica. También los cambios que aparentemente diluyen la condición estructural de lo que es el espacio y el lugar, como parecen señalar Alvin Toffler y Marc Augé, y su reivindicación en el concepto cotidiano del espacio que Giannini llama “domicilio”.

Por sobre la diversidad de temas tratados en Opiniones, una idea que cruza transversalmente los textos, es aportar

elementos para una hermenéutica que, sin reificar la vida humana, de cuenta de su complejidad, de cómo el ser humano en tanto ser vivo, puede ser el mismo, aunque nunca lo mismo.

La segunda parte titulada *Impresiones*, incluye quince textos expresados en estilo literario. *Impresión*, en términos Zubirianos tiene tres momentos distintos, aunque indisolubles entre sí, la *afección* que se produce en el sentiente, la presentación de *algo otro*, como alteridad, y esencialmente la *fuerza* con que esa alteridad se impone al sentiente. En este sentido, los escritos contenidos en *Impresiones*, no son la expresión de motivaciones casuales registradas al pasar, porque no todo lo que nos rodea, ni todo con lo que nos topamos, es propiamente una impresión. El autor nos advierte, se trata de ideas que expresan una suerte de encuentros o desencuentros sensibles, que permanecen porque han dejado una huella.

Claro está que dado los tres momentos de la impresión, sólo la sensibilidad y el talento literario del autor hacen posible que una impresión rutinaria adquiriera un valor estético y una significación que de suyo no tiene. Es lo que el lector podrá reconocer en los diversos textos contenidos en *Impresiones*, narraciones algunas de experiencia más recientes, o alojadas en algún rincón de la memoria a modo de pequeños andamios que sostienen el pasado, real o imaginario. Reflejos de una aguda mirada unos, de imágenes oníricas otros. Vivencias que se resisten a ser olvidadas, de una infancia que enfrentó reiteradamente “La hora del lobo” y que con ejemplar heroísmo rindió su prueba de hombría venciendo “Los remolinos”, reclama aquí su derecho a un trato igualitario a la hora del recuento. También de historias que no llegaron a escribirse y experiencias afectivas que no cruzaron la frontera, pero dejaron una suerte de emoción suave, difícil de definir.



Impresiones nos muestra una faceta del profesor Vergara que no alcanzó a desarrollar públicamente, tal vez por un cierto pudor de exponerse o por prioridades académicas, lo cierto es que en *Opiniones e Impresiones* nos entrega una rica fuente de reflexiones muy pertinentes sobre los tiempos que vivimos, lo que evidencia su atenta sensibilidad intelectual en el aquí y el ahora. Como un agregado, que tal vez se le escapó entre los dedos, nos deja además con sus narraciones, un sutil esbozo autobiográfico.

Si de algo carece la presente publicación, es de la posibilidad de ampliar alguna historia, de contarle al narrador y amigo que ese acto de *poiesis* que experimenta frente a las aguas del Rahue con su montura de concreto y el conjunto de imágenes que le suscita, efectivamente guarda en su memoria una gran historia de coexistencia, más amable y lúdica. Su montura era de nobles maderas y desafiaba cada tarde de verano, a los jóvenes bañistas a rendir su prueba de hombría. Pero ahora, el desafío es no ir más allá de lo que el autor expresa, sin embargo, el texto no es una cosa en sí, es también una invitación, que de ser aceptada, puede abrirse a diversas interpretaciones, tal vez más lúcidas, o incluso arbitrarias. Me atrevo a creer que es lo que el profesor Vergara desearía.

Raúl Aguilar Gatica

Profesor de Filosofía

Rector de la Universidad de Los Lagos

Período 1998-2009



## PRESENTACIÓN DEL AUTOR

El nombre de este blog no señala ninguna atención a lo misceláneo, ni aleatorio, como si dijera que trata de todo lo que a uno se le ocurre o de todo cuanto se ponga por delante. Tampoco se refiere a una suerte de categorización estricta que distinga y separe referencias, como podrían ser entendidos los títulos genéricos de opiniones e impresiones. En realidad, lo que pretende, aunque lo referido se ordene bajo estos nombres, es moverse entre esos referentes en una suerte de diálogo que al mismo tiempo que respeta sus identidades también quiere romper sus fronteras, transgredir sus límites formales, aunque en muchos casos lo haga de modo sumamente arbitrario. Por esto, el título de opinión no connota cuestión alguna de academicismo o pretensión de objetividad tal como se suele entender en el contexto “científico”. En lo esencial está más cerca de aquellas ideas que se pueden encontrar circulando en la práctica cotidiana y que la gente está dispuesta a defender con cierto ahínco, sin que esto signifique que en ello “se le va la vida” o el honor o el prestigio. Al contrario, la opinión se presenta como aquello que pudiera interesar y que requiere de una disposición a dar razón, pero también como aquello en que uno estaría dispuesto a reconocer su debilidad, incluso su falta de racionalidad y de sentido. Impresión, por su parte, designa aquí esas “ideas” que expresan una suerte de encuentro o desencuentro sensible, impactante o no, muchas veces

banal e insignificante, que sólo delata el hecho de que se ha producido en el ánimo y que tiene algún viso de permanencia según la profundidad de la huella. Sin embargo, así como la opinión puede fundarse en impresiones, éstas pueden, eventualmente, defenderse con razones. De este modo algo que se presenta como opinión puede transitar sin contratiempo hacia la impresión y viceversa. Por esto queremos dejar bien establecido que las distinciones aludidas no tienen nada que ver con la conocida disyunción entre objetivo y subjetivo. La fuente de ambas determinaciones es, empero, la subjetividad, mejor, la intersubjetividad. Por último, no está demás reiterar que los contenidos o temas no aspiran por sí mismos a relevancia alguna, sino que se afirman en el evento contemporáneo de estar ahí, en el entorno, pujando por llamar la atención y retenerla un tanto.

Osorno, *septiembre de 2012.*

PARTE I

OPINIONES (IN)DISCIPLINADAS



Octubre de 2012

## “LAS INSTITUCIONES FUNCIONAN”

«¿qué son las funciones y  
cuáles son sus límites explicativos?»

Una de las cuestiones más ambiguas y equívocas de nuestra actualidad es la frase ya habitualizada de que para que las cosas sociales o culturales anden como corresponde, las instituciones deben funcionar y, por tanto, que si funcionan entonces están bien, cumplen con lo que ha motivado su institucionalidad, de modo que siempre hay que procurar para que funcionen, imperativo que se consuma en la constatación de que logrado el funcionamiento para el que han sido instauradas, podemos sentirnos tranquilos, confiados y conformes, como si esto fuera en realidad lo que se debe esperar de ellas. De ahí el gesto de conformidad y cuando no de orgullo indisimulado que suele acompañar a la declaración pública de que las instituciones funcionan.

Sin embargo, no es claro que bajo este optimismo y las expectativas que genera tal confianza, no haya un peligro que vale la pena considerar: el peligro del conformismo, el riesgo de toda sobrevaloración y, a la larga o a la corta, de la irresponsabilidad, ya que no basta con esperar/desear/procurar simplemente que las instituciones funcionen, sin detenerse a

lo menos a expresar con claridad con respecto a qué o a quiénes, cómo, a costa de qué, para qué y para quiénes funcionan. Sobre todo esto último: es fundamental averiguar a quiénes deja satisfechos y a quiénes no, cuál es el alcance y el grado de esa satisfacción, su profundidad, pero también los sacrificios que esto puede llevar adiconado, luego, cuáles son los límites y los riesgos de ese funcionamiento. Con otras palabras ¿qué significa realmente que las instituciones funcionen? ¿Cómo sabemos que lo hacen y que esto es lo que deben ser? Pero, tanto o más radical que lo anterior: una institución ¿agota lo esencial de sí en este funcionalismo? ¿es suficiente con que funcione, se entienda, bien? Por otro lado, ¿da realmente cuenta la función de lo que una institución es?, ¿la explica suficientemente?

Años de culto irrestricto al funcionalismo institucional han llevado a muchos a creer que sí. Dos de las teorías funcionalistas más relevantes del siglo XX, dice C. Castoriadis, el “funcionalismo cultural” (Malinowski) y el “funcionalismo económico” (Marx), a los que suele agregar el estructuralismo, han defendido tradicionalmente, estas tesis. Pero también podemos verlo en el desenvolvimiento histórico de las instituciones neoliberales y en las funciones atribuidas al mercado.

Reiteramos entonces la pregunta: cuando se trata de comprender las instituciones, ¿qué son las funciones y cuáles son sus límites explicativos?



Noviembre de 2012

## “LAS INSTITUCIONES FUNCIONAN”

(Continuación)

«(...) para ser verdadera, debe conducir a la comprensión de aquello de que la función es una parte y solamente una parte, de modo que hay que explicitar sus relaciones con las otras partes».

La pregunta interroga por el ser de las funciones y sus límites explicativos y está motivada por la duda de que sean las funciones las que permiten dar cuenta de lo que una institución es, como si la institución se agotara en la funcionalidad. En realidad, como hemos dicho, si así fuera bastaría con que las instituciones funcionen para que comprendamos que con ello se alcanza el estado más satisfactorio a que cabe aspirar. Pero, ¿por qué esta convicción tan diseminada socialmente, no solo parece incierta, ambigua, sino esencialmente errónea?

Siguiendo a Castoriadis, lo que está en cuestión aquí no es el rasgo funcional en sí, sino la convicción de todo funcionalismo, según la cual la comprensión de esas funciones basta para dar cuenta del ser de toda institución.

Se estima que las funciones nacen de la imperiosidad de satisfacer, por ejemplo, necesidades, lo que en principio es evidentemente correcto. Lo que no parece correcto es lo que

habitualmente está supuesto ahí: que las necesidades, sobre todo aquellas que suelen determinarse como fundamentales y verdaderas, tantas veces referidas como “necesidades reales de la gente”, son naturales y que en esa condición generan funciones que las satisfacen porque esas funciones son naturalmente coherentes con ellas y, por lo mismo, adecuadas. A esta convicción de que es suficiente con entender las funciones para entender una institución, es a lo que Castoriadis llama funcionalismo, cuya crítica compartimos aquí. De otro modo, ¿cómo podría entenderse que en muchos sistemas institucionales encontremos funciones que se formulan, pero que no se cumplen, o que se cumplen a medias, o que disimulan cumplirlas? Por ejemplo, vemos instituciones, como la familia y la escuela hoy día, cuya función se dice es educar, aparece muy disminuida y cuestionada como función; que los medios tienen la función de informar, se entiende, bien, pero también desinforman, etc.

Reiteremos entonces la pregunta: ¿qué son en rigor las funciones y cuáles sus límites explicativos?

Un par de cuestiones resultan aquí particularmente definitorias: la primera es que en general se conciben las funciones, y por ende toda funcionalidad, como el amarre sin fallos ni incertidumbre entre medios, fines, causas y efectos, la correspondencia estricta, dice Castoriadis, “entre los rasgos de la institución y las necesidades “reales” de la sociedad considerada”, al punto de que la institución es funcional si es coherente con esas necesidades. Pero, un problema fundamental que generalmente el funcionalismo soslaya o no considera es el de la procedencia y el carácter de esas necesidades, las que tiende a concebir como espontáneas y naturales, sean de orden primarias o secundarias o terciarias. Sin embargo, la investigación

sociocultural ha venido probando que en la condición humana nada es propiamente espontáneo o natural, fijo, invariable, sino que incluso las necesidades ligadas a la más estricta exigencia de mantenerse el hombre en la existencia, del mero estar en el mundo, resultan ser siempre construcciones sociales, cuestiones condicionadas culturalmente, del mismo modo que lo son las distintas maneras de confrontarlas y aspirar a su satisfacción. Ni qué decir de aquellas necesidades ligadas al estar bien, al bienestar humano. Esto quiere decir, entonces, que la “realidad” supuesta en lo que es necesario y en sus modos de resolución son cada vez definidos por esas sociedades, lo que trae como consecuencia que sólo en abstracto cabe sostener que determinadas instituciones son funcionales a exigencias primarias o secundarias de la vida. En lo concreto, esas instituciones pueden tomar formas muy distintas, de modo que la propia funcionalidad está desde ya condicionada por el ser social que instituye una sociedad. Por lo tanto, y en segundo lugar, los límites explicativos de las funciones están siempre limitados por la condición sociocultural en su conjunto, lo que permite sostener que tanto la realidad de las necesidades como la coherencia de las instituciones con la sociedad, trasciende el marco de lo funcional y plantea entonces el problema de identificar aquello a lo que la funcionalidad remite. Por lo pronto apuntamos al camino que nos conduce el pensamiento de Castoriadis en su propuesta de lo sociohistórico: el simbolismo, por un lado, lo imaginario por otro.

Según esto, la afirmación de que las instituciones funcionan, para ser verdadera, debe conducir a la comprensión de aquello de que la función es una parte y solamente una parte, de modo que hay que explicitar sus relaciones con las otras partes.



Diciembre de 2012

## “LAS INSTITUCIONES FUNCIONAN”

(A modo de cierre)

«los imaginarios radicales no pueden ser comprendidos más que como ciertas matrices de sentido que se formalizan en términos de representaciones, o más claramente, de significaciones».

Entonces, simbolismo e imaginarios parecen ser las otras dimensiones claves para entender lo que una institución es. Y esto es fundamental porque si las necesidades, a cuya satisfacción está orientada una institución, no son naturales sino creadas por la misma sociedad que se autoinstituye, entonces cabe pensar que la funcionalidad institucional misma resulta también autoinstituida. Esto quiere decir que las propias funciones tienen que definirse en el contexto de la creación de instituciones y que, por lo mismo, no puede preexistir a la institución, de modo que, así como la función puede dar una respuesta explicativa a las necesidades que llevan a las instituciones, estas mismas instituciones deben ser entendidas, a la vez, como la fuente explicativa de las funciones. De otro modo habría que pensar que las necesidades y las funciones institucionales son universales y que por lo mismo donde exista una institución ésta debe ser idéntica a toda aquella que cumpla una función semejante.

Así, el problema de las funciones remite al ámbito del simbolismo ya que en toda sociedad sus instituciones forman

según Castoriadis una red simbólica desde la que es posible entender por qué una sociedad erige ciertas funciones como prioritarias en el sentido que se le suele dar. Y es en ciertos ceremoniales y ritualidades donde mejor se observa que las funciones están marcadas de orientaciones de sentido que las hace propias de una sociedad o de otra; sobre todo es en aquellos ceremoniales relativos a la trascendencia o a la muerte donde mejor se expresa la condición simbólica como condición sociohistórica. Pero está presente también en la producción y consumo de bienes, en la distribución del poder, del conocimiento, de la fe. Ni qué decir del sentido de los rituales religiosos o festivos, actividades colmadas de simbologías.

Pero entonces nos surge la pregunta de ¿por qué ciertos símbolos, o en general todos los símbolos, que pueden ser comunes en una y otra sociedad no tienen siempre la misma significación? Más concretamente, ¿por qué a ciertos significantes comunes entre una sociedad y otra no le siguen significados iguales, sino que se abren a posibilidades de gran heterogeneidad y diversidad, al punto de que suele ser arbitrario hablar allí de los mismos símbolos? O de otro modo, ¿por qué los símbolos en cuanto tales no tienen universalidad? Lo mismo cabe cuando se trata de indagar ¿por qué ciertas sociedades o partes de ellas instauran símbolos distintos para satisfacer necesidades aparentemente comunes y crean instituciones cuyas funciones parecen ser las mismas? La intención de responder a estas interrogantes llevó a Castoriadis a postular que, por un lado, la respuesta del simbolismo es una respuesta insuficiente, y, por otro lado, que el simbolismo requiere de una referencia a un ámbito más radical, el ámbito de la condición instituyente de toda sociedad, su capacidad creativa. A este ámbito de máxima profundidad poiética dio

el nombre de imaginario, de imaginario social instituyente, del que emergen por creación los imaginarios sociales instituidos, esto es las instituciones propiamente tales. Pero en su raíz estos imaginarios no pueden ser en sí determinados, sino fuente de determinaciones posibles que una sociedad o parte de ella materializa institucionalizándolos. Por esto, los imaginarios radicales no pueden ser comprendidos más que como ciertas matrices de sentido que se formalizan en términos de representaciones, o más claramente, de significaciones. De aquí el alcance siempre social de estas matrices de sentido y su consecuente poder explicativo.

Según lo anterior entonces, la satisfacción provocada por el hecho de que las instituciones funcionen y el marcado optimismo que esto suele provocar en muchos ánimos “pragmáticos”, no están plenamente o sanamente justificados si no se avanza hacia los planos de lo simbólico y lo imaginario. Es claro que con esto no queda dicho de que no haya un ámbito aún más radical del que lo imaginario sea su dinámica y su producto.





Diciembre de 2012

## “SER HOMBRE DE PRINCIPIOS”

«como esto parece ser contrario a la idea misma de principio, tan arraigado cuanto poco asumido, creemos, de verdad, que nos asiste la posibilidad de proclamar el derecho a no ser hombres de principios».

Como otras frases igualmente categóricas, esta frase está construida con términos equívocos, por lo que su intención de autenticidad es más aparente que real. Y es paradójico porque resulta evidente que el que la usa quiere provocar la impresión de que no solamente está seguro de lo que dice, sino de que la frase habla de él como un ser confiable por ser de una sola traza, sin dobleces, coherente y consistente, como se dice hoy día.

Pero, supuesto que el emisor no pretenda simular, o mentir, ¿satisface la frase, efectivamente, lo que su emisor pretende? ¿Coincide con la intención de quien la emite? Con otras palabras, ¿es realmente de principios el hombre de principios?

No tendríamos por qué dudar de que sea así. Sin embargo, creemos que hay un margen de equivocidad que el emisor desconoce y que puede poner en incertidumbre la convicción de nuestro hombre de principios. Veamos qué nos permite asumir esa equivocidad supuestamente ignorada.

Descartemos, por lo pronto, que la noción “principios” se refiera a orígenes o comienzos de algo en un sentido temporal,

como un antes que cabría precisar allí donde algo se inicia, donde parte una serie desplegada en forma de un devenir. La frase, más bien, parece tener el sentido de una lógica de situaciones y calza más con la idea de que algo sostiene algo al modo de un fundamento, esto es, como aquello en lo que uno se puede situar y desde donde piensa, siente, quiere algo de algo, o bien habla, esto es, dice algo de algo.

Ahora, es claro que este “desde donde” puede ser perfectamente condicionante circunstancial de un comportamiento, aunque no determinante de él en el sentido estricto de un determinismo radical. Sin embargo, no es esta opción la que suele ser aceptada por quien se considera hombre de principios, ya que en su espíritu habita más bien lo contra-circunstancial, lo no ocasional, lo permanente. De tal manera que la sola posibilidad de introducción de la contingencia debe sonarle como la caída en la contradicción e inconsecuencia que no puede aceptar.

Pero entonces queda otra posibilidad: ser hombre de principios debe apuntar efectivamente a lo determinante, a lo que nos hace pensar, sentir o decir algo como inamovible, intransable, sobre todo intransable. Por esto quien emite la frase suele decir también que una consecuencia de tal convicción lo constituye el deber de llegar “hasta las últimas consecuencias” en la defensa de los principios de que se trata en cada caso, lo que, por lo mismo, su acción pretende ser signo de la máxima identificación con el principio. Ser hombre de principios es ser entonces “de una sola línea”. Lejos de esto está lo emergente como novedad que hay que atender como novedad y el principio se revela entonces como “a todo evento”.

Sin embargo, paradójicamente, la actitud que se identifica como “a todo evento”, rechaza precisamente la eventualidad del

evento y lo transforma arbitrariamente en absoluto. Entonces es claro que quien se siente representado por la frase está desde ya decidiendo por lo absoluto, por un siempre incanjeable e irreductible. Ser hombre de principio es así tener la voluntad de serlo siempre.

Pero, sabemos ya que tener la voluntad de algo o por algo, nunca es suficiente para cumplirla. Y por aquí se filtra la debilidad de nuestros actos voluntarios. Una mirada somera a esta situación nos muestra que en estos casos, lo que parece ser la expresión de un sentido auténtico, no es más que la proyección de una racionalidad que está lejos de la universalidad que pretende el principio aludido, ya que en rigor sólo contiene y manifiesta la lógica del racionalismo, principalmente moderno, lógica que en “las manos” del hombre moderno funciona más a la manera de una fe que a la manera de un razonamiento: la fe en la razón, la fe en la ciencia, que tiene además la función de dominar no solamente a la imaginación, la que relega o desconoce en su real valor, sino que también a la voluntad, a quien pretende someter desde la fuerza de la razón, o en su defecto, de la razón de la fuerza. Es la lógica de la contra-voluntad consciente. Después de todo afirmaba Ortega y lo reiteraba Popper, no se puede ser revolucionario en algo sino desde el corazón de una utopía racionalista.

Pero llegar a estas convicciones implica tener que aceptar también sus consecuencias. Y una de ellas nos parece la más decidora y decisiva. Hemos cambiado, dijo en su momento Ortega, refiriéndose a la Modernidad, el príncipe por el principio, por tanto, el dogmatismo, voluntarismo y totalitarismo de la realeza, por el dogmatismo, voluntarismo y totalitarismo de los conceptos. Y por esto, la expresión “hasta las últimas consecuencias” derivada del principio determinista del ra-

cionalismo no dice que hay que guardar la máxima fidelidad, por ejemplo, a la palabra empeñada en cierta ocasión y con determinadas expectativas y obligaciones, sino justamente lo contrario: que hay que defender este “destino” hasta el final mismo, sin cambiar un ápice lo decidido, ni permitir ni la más mínima alteración del “mandato” recibido, etc. “Ser o no ser”, he aquí la disyuntiva frente a la que nos pone siempre el principio en su acepción moderna y así, tanto en la lógica del pensamiento como en la de las acciones, lógica que en la modernidad se hace siempre el deber de invadir la ética. Como quien dice, si la realidad no calza con la teoría, peor para la realidad. Como antes al príncipe, hay que salvar el principio a toda costa, a como dé lugar, “a todo evento” y “hasta las últimas consecuencias”.

Pero, en la medida en que esto que se desea, a veces profunda y sinceramente, en realidad no se cumple, cuando alguien afirma ser hombre de principios en este sentido que compromete a la ética, y “las últimas consecuencias” suenan como un latigazo moral aplicado a “todo evento”, hay que suponer que aunque producto de convicciones profundas, no hay en el fondo de la frase sino puros aspavientos..., que en rigor está ahí sólo para “salvar las apariencias”, otro gran afán del programa moderno y de su fe racionalista. Quizás por esto también el moderno fue siempre tan proclive a declarar la positividad del método.

Por lo anterior, ¿no sería más cuerdo asumir la sentencia “ser hombre de principios” en un sentido tal que escape al determinismo y que haga cabida, precisamente a la circunstancialidad, a la crítica, a la incertidumbre, a la emergencia y la contingencia, tal como lo indicamos al comienzo?

Sin embargo, nos parece que tenemos que ir más lejos: como esto parece ser contrario a la idea misma de principio, tan arraigado cuanto poco asumido, creemos, de verdad, que nos asiste la posibilidad de proclamar el derecho a no ser hombres de principios.



Enero de 2013

## “LA OPINIÓN PÚBLICA”<sup>1</sup>

«en la medida que las opiniones particulares, privadas diríamos hoy día, ganan terreno y desplazan la opinión pública, se corre el riesgo de que la opinión pública no sea sino un recuerdo, y peor aún, que los conflictos sociales se queden sin últimas instancias a las que recurrir colectivamente».

Hace algunas décadas, Ortega justificaba una distinción sociológica fundamental, que viene al caso referir dadas nuestras actuales circunstancias. Según el pensador español, la sociedad no es sino el conjunto de sus usos, en cuyo ámbito se realiza el carácter más sustantivo de ellos: ser vigencias colectivas. De modo que decir que algo es un uso y decir que algo es vigencia, es decir lo mismo.

Pero, en cuanto vigencias, ya que un uso llega a serlo y deja de serlo, no han consistido nunca en la mayor o menor adhesión individual que personas o grupos le prestan, por numerosos que sean, sino que, al contrario, algo es vigencia

---

1. Este artículo apareció originalmente con el nombre de “Sobre la opinión” en la página “Trayectoria Universitaria” del Diario Austral de Osorno, el 7 de diciembre de 1997. Posteriormente, en 1998, fue recogido en el libro Trayectoria Universitaria. Diario de Vida de una Universidad Pública y Regional. Creo que, lo dicho entonces acrecienta su vigencia y cuyas consecuencias pueden ser puestas a la vista, sobre todo el fenómeno “postmoderno” de la crisis de la opinión pública, concomitante en realidad con la crisis de todo lo público en nuestro tiempo. Con muy pocas correcciones, este artículo se presenta aquí como una sugerencia de temas que vale la pena aclarar, a lo menos teóricamente.

precisamente porque se impone y obliga a contar con ella. La vigencia es la contravoluntad particular y, gracias a esto, lo social tiene una realidad distinta de lo individual o personal; gracias a ello también, sirve como instancia de referencia a la que individuos y grupos pueden recurrir para dirimir conflictos. La vigencia es poder transindividual y necesario de la vida en común, con el fin de permitir la convivencia o cuasiconvivencia en eso que llamamos sociedad.

Pues bien, uno de los fenómenos sociales más decisivos es, para Ortega, la opinión vigente, aquella que se sostiene sin necesidad de defensores, que predomina o impera sin que nadie en particular se preocupe de sostenerla o de imponerla; o sea, es la opinión efectivamente establecida, que coacciona como todo uso, pero que resguarda o salvaguarda la convivencia, claro está, mientras es vigente y que, en cuanto la hay, es de todos y de nadie: la opinión pública.

Pero, la sociedad es también disociación. Y en la disociación suelen aparecer las confusiones, dice Ortega, precisamente por ausencia de una real y verdadera opinión pública. Una de esas confusiones es la que interpreta como opinión pública, aquella que es sostenida por ciertos grupos de personas, a quienes se hace referencia en entrevistas o encuestas y que, en realidad, no son sino opiniones particulares que cuentan con un mayor o menor número de adherentes. Y es opinión particular, justamente porque para que exista y funcione debe contar con quienes se dan el trabajo de sustentarla y generalizarla. Pero, la cuestión es que, para efectos de una sana convivencia, nadie tiene garantizado el derecho a tal generalización. Lo adecuado sería reconocerla como opinión particular, como perspectiva que determinados individuos y grupos sostienen, más o menos libremente, porque éste es realmente el campo de la libertad



de opinión, y no el de la opinión pública, en cuyo ámbito de vigencia, nadie tiene efectiva libertad. Por esto, cuando la hay, suele estar lejos, a veces bastante lejos, de las opiniones particulares, igual que las creencias, las tradiciones, el folklore.

Conviene entonces estar alerta ante aquellas opiniones que, en nombre de la opinión pública, nos hablan de “las verdaderas necesidades de la gente” o de “los verdaderos intereses del país”, o de “los problemas reales de la gente”, etc, etc. Sea esto dicho como reacción a las opiniones, bastante particulares, que sostienen hoy día que las ideologías y las utopías han muerto. Sin embargo, hay que entender que en la medida que las opiniones particulares, privadas diríamos hoy día, ganan terreno y desplazan la opinión pública, se corre el riesgo de que la opinión pública no sea sino un recuerdo, y peor aún, que los conflictos sociales se queden sin últimas instancias a las que recurrir colectivamente. Esto es lo que parece estar sucediendo en la actualidad en la que ambos tipos de opinión se confunden cubriendo a los hechos sociales con un manto de ambigüedades y falsas conciencias.



Abril de 2013

## “SÓLO DISTINCIONES SEMÁNTICAS I”

«amablemente se nos está invitando a ser responsable con las palabras. No nos olvidemos que estos expertos “saben bien lo que dicen”».

En el sentido que vamos a destacar, esta es una de las frases favoritas de nuestra cultura de masas, sobre todo en lo referente a su dimensión cultural-académica, específicamente profesional y proveniente de los ámbitos más alejados todavía de las humanidades, (aunque en un sentido menor, también solemos encontrarla en éstas), y que van desde las ciencias naturales a sectores connotados de las ciencias sociales, participes aún de corrientes positivistas o pragmáticas. Pero, donde su presencia es prácticamente nula, es en los sectores “populares”, lo que desde ya muestra que su campo de acción es fundamentalmente “elitista”. Es claro que esta es una generalización exagerada, por lo que nos referimos a ella no como algo absoluto sino más bien como una constante. Sus sujetos principales vienen entonces de lo que se ha llamado “capas medias”, reales o aspirantes a esa “clase”.

La frase tiene algunos aspectos que la identifican. Desde lo más externo, observamos en su uso una cierta actitud que revela una “certeza” de que, quien la usa, suele hacer ostentación, acompañada de un gesto, a veces impositivo, a veces

despectivo, como de indiferencia, pero que revela que quien la emite, “sabe” bien de qué está hablando, y que lo que quiere destacar es la escasa o nula importancia que la cuestión tiene para lo que está en debate, es decir que lo semántico no agrega nada decisivo al asunto, sino que, al contrario, le resta inteligibilidad y sentido, por lo que “el tema” parece esconderse en significaciones y no precisamente aclararse en ellas. Por esto su emisor suele abogar por la urgencia de “ir al punto” y llama la atención de sus interlocutores, o lectores, o simplemente audiencia, de lo inconveniente que resulta de apartarse del asunto, por cuestiones de “meros significados”, yéndose así, por el simple hecho de atender a esos significados, a cuestiones menores y confusas de las que conviene prescindir. Con otras palabras, que lo sano es ir “a los hechos” y no a los significados.

Esto nos lleva al otro extremo, más íntimo, donde la frase revela el contenido de la certeza. Aquí se da por establecido que se sabe (o se cree saber) qué es eso de “distinciones semánticas”. Nótese que no se dice simplemente que son distinciones semánticas, sino “meras distinciones semánticas”. Y tan es así que ni siquiera vale la pena que uno se refiera a ello: lo da por sabido, entendido y aceptado. Entonces espera un gesto de conformidad de parte de aquellos que “están ahí”. A veces hasta parece sorprenderse de que algo tan evidente, “obvio” suele decirse, tenga que recordarse. Entonces se podría decir que esta actitud contiene en su revelación, un marcado sesgo de extrañeza: la extrañeza de que haya alguien que no se ha dado cuenta y que justifica su enunciación, que es en realidad una suerte de recordatorio.

Pero, ¿qué son estas distinciones semánticas en los contextos señalados?

No se nos escapa que para nuestros “expertos”, lo semántico en cuanto manifestación del lenguaje, afecta a lo más cercano que para él compone al lenguaje: las palabras, y que en esta referencia es claramente una indicación más bien pragmática o funcional destinada a la comunicación de algo realmente “sustantivo”: la cosa de que se trata, en sus distinciones con otras cosas igualmente sustantivas. Las distinciones semánticas por tanto no deben afectar a lo esencial del asunto.

Pero lo hacen, y a su juicio, cuando pretenden suplantar con “palabras” lo que son distinciones “de hecho”. De ahí la confusión, ya que, a su juicio, no se expone lo sustancial de la diferencia, sino lo desde ya adjetivo, por tanto prescindible. Es decir que lo semántico puede llegar a ser obviado, y debe obviarse, cuando no está al servicio de la radicalidad con que se desea hacer notar algo, y que, muchas veces, la “cosa misma” debe destacar, sin necesidad de recurrir a una sobre estimulación “puramente semántica”. Es decir, algo así como que “el adjetivo que no da vida, mata”, pero que normalmente nuestros expertos desconocen.

Hay en la base de todo esto, dos cuestiones que, a nuestro juicio, son decisivas: una que el medio (lenguaje) no es, para tales expertos, sino un intermediario instrumental que actúa en la comprensión y comunicación de realidades; otra, que todo ir más allá de esa instrumentalidad es negativo, porque entonces introduce ambigüedades y equívocos. De aquí la permanente invitación a aceptar que se puede y debe ir “a las cosas mismas”. Pero, de lo que no se percatan nuestros “expertos” es que este lema positivista es una de las frases más ambiguas que se han creado y que no dice realmente lo que pretende decir el que la usa. Y esto porque el usuario a quien nos estamos refiriendo, en cierto modo “el nuevo rico de la

cultura” de masas, entiende por “realidad” de las cosas lo que suele estar más a la vista: su materialidad o corporalidad, y que esta realidad, lo que hace de algo su identidad, se debe revelar en esas evidencias inmediatas a la sensación o percepción. De este modo las verdaderas diferencias entre las cosas son las que en caso vemos o podríamos ver. Lo demás es, metafísica, poesía, metáfora, entendidas como meros significados. Es claro entonces que en la apuesta que tiene que decidir si la importancia de algo reside en “ello mismo” y no en la palabra que lo designa, quienes han sido señalados aquí como “entendidos” o expertos, por lo general, “no se la juegan” por las palabras. Y aunque pueden llegar a aceptar que difícilmente se puede uno referir a algo sin palabras, o sin algún signo que la reemplace, una imagen como se suele decir, siempre serán las palabras, las desvalorizadas, las prescindibles o intercambiables, las que siempre nos hacen correr el riesgo de quedarnos cortos o lo que es peor, pasarnos de largo, frente a lo que se cree que de algún modo, siendo evidente por sí mismo, no lo ostenta por efecto del desborde “semántico” que nos lleva, si no ponemos cuidado, a “tomar una cosa por otra”, y en definitiva a equivocarnos. Por lo tanto, amablemente se nos está invitando a ser responsable con las palabras. No nos olvidemos que estos expertos “saben bien lo que dicen”.

La pregunta que, sin embargo, nos queda dando vueltas, es si lo “meramente semántico” ¿es algo así como una enfermedad o excrecencia de los signos o las palabras, incluidas, claro está, las imágenes de las que suele decirse que valen más que mil palabras?

Julio de 2013

## “SÓLO DISTINCIONES SEMÁNTICAS 2”

«es difícil afirmar que esas diferencias pueden zanjarse argumentando simplemente “meras distinciones semánticas”. Y entonces podrían significar mundos en curso de colisión».

En un artículo anterior, opinábamos que el uso habitual de la frase pretende terminar discusiones restando importancia a las palabras y, con ello, menoscabando diferencias que se presentan como terminológicas, sin ningún alcance efectivo en orden a marcar o reconocer diferencias (mentales, sociales, históricas, etc.) en aquello a lo que dichas palabras (naciones, conceptos, acciones, situaciones, proyectos, etc.) se refieren. Dicho de otra forma, que las diferencias a nivel de significados de las palabras (enunciados, discursos) ni quita ni pone nada significativo en lo que se está discutiendo, por lo que conviene que sea despreciado por quienes interactúan. De aquí incluso el gesto despectivo que, decíamos entonces, realiza el que asume la frase como adecuada, y su consiguiente sorpresa de que alguien, por ejemplo, el interlocutor, no lo entienda así, como si tal actitud de descarte fuese verdaderamente reclamada, exigida, por el común entendimiento de las cosas.

Es claro que hay un cierto margen de veracidad en esto: y en general tiene que ver con el hecho de que ciertas cuestiones podrían, por su banalidad, dejarse tratar sin que, dadas ciertas circunstancias banales también, importen mucho

sus matices, ya que, en esos casos, las consecuencias pueden minimizarse sin que afecten ni a la condición de los objetos ni a los proyectos de los actores que debaten.

Sin embargo, la experiencia, pasada o reciente, puede mostrar el error que esto acarrea si se proyecta a todo tipo de realidad: hay casos en que los supuestos sinónimos muestran claramente que las distinciones semánticas acarrearán consecuencias graves, a veces decisivas, no solamente para la comprensión de situaciones, sino que también para la sana comunicación y la mejor convivencia. En estos casos, las consecuencias no pueden minimizarse sin que se afecte a la naturaleza de las cosas, a la condición de los actores, o a ambos. Veamos algunos de esos casos que las circunstancias han estado poniendo de relieve en nuestra actualidad sociopolítica: por ejemplo, la distinción entre gobierno militar y dictadura, la que podría tener como antecedente histórico una confrontación semejante: la distinción ya un tanto “olvidada” entre golpe militar y pronunciamiento. En ambos casos estamos en presencia de distinciones semánticas, pero a nadie se le ocurriría afirmar que son “meras distinciones semánticas”, sin incurrir en la arbitrariedad de restarle significación a lo que con ello se quiere decir, o sea, a lo que con ello se quiere traer a colación: intenciones, motivaciones, ideologías, proyectos sociales, modelos, acciones, etc., así como también otras consecuencias como aquellas que se derivan de lo anterior en términos de propuestas sociohistóricas: tipos de sociedad, carácter de las instituciones, participación en la creación y gestión político-económica, o sociocultural; confrontaciones ideológicas, generacionales, de clase, etc. Ni qué decir de las formas de justificación (discursos laudatorios o descalificadores según el caso), cuando se refieren a sí mismos o sus contrincantes,



adversarios o enemigos, desde lo que sirve de principios, tanto para referir un origen, como para dar razón de los hechos que se debaten. De este modo, las “distinciones semánticas” perfectamente pueden llevarnos al encuentro de una confrontación discursivo-social de grandes envergaduras y de proyecciones trascendentes como es la adscripción ideológica a una condición civilizatoria que los oponentes se apresuran a destacar y defender. Para nuestros dos casos, por ejemplo, la confrontación entre la civilización cristiano-occidental y el comunismo internacional, por un lado, o un socialismo humanista y un capitalismo desalmado por otro.

No se nos escapa, sin embargo, que bien podría decirse que la confrontación que hemos referido, parece arbitraria por lo extrema. Pero creemos que el asunto se aplica igualmente a cualesquiera de los casos no considerados así, ya que lo que suele designarse como banal o insignificante, así como lo que se estima relevante y significativo, siempre tienen un fondo de realidad circunstancial con relación a la que debemos siempre referir las distinciones. En cierto modo, y consideradas esas circunstancias, nada es en términos absolutos banal e insignificante. De esta manera, pueden considerarse como distinciones semánticas las diferencias entre interpretación y lectura, entre explicación y comprensión, entre narración y relato, etc., y en algunas circunstancias las consecuencias pueden ser irrelevantes como en una conversación ordinaria, no técnica; pero tales distinciones también pudieran marcar rumbos antagónicos, cuyas consecuencias sean imprevisibles; por ejemplo si pensamos que ciertos principios teóricos acarrear necesariamente acciones de intervención social profundas y que a la larga o a la corta reportan efectos imprevisibles también, como en una confrontación dogmática

de cuestiones teológicas, más bien religiosas, o políticas. Así, por ejemplo, la diferencia entre ateo y agnóstico puede ser en algunos casos irrelevante, o entre cristiano y musulmán, o entre católico y mormón, como puede serlo entre independiente y a-político. En otros casos, sin embargo, es difícil afirmar que esas diferencias pueden zanjarse argumentando simplemente “meras distinciones semánticas”. Y entonces podrían significar mundos en curso de colisión.

Mayo de 2013

## **LA RELACIÓN ENTRE SABERES Y AMBIENTES**

«repensar las relaciones entre el saber y los ambientes, poniendo en jaque al pensamiento habitual que piensa las relaciones como una cadena causal, en las que el pensamiento es concebido como un reflejo del ambiente, para pensarlo sino como su condición de posibilidad».

Sabemos que los dilemas referentes al saber y al conocimiento de las cosas, han estado siempre presente en la vida occidental, y que son más ostensibles en situaciones de transformaciones socioculturales profundas; situaciones en que los antagonismos obligan a tomar decisiones de mayores alcances que las habituales, y comprometen el decurso de las comunidades o sociedades, en tanto que se hacen parte de sus historias. En nuestro tiempo, estos dilemas cognoscitivos afectan seriamente las relaciones humanas con el ambiente y ponen en riesgo nuestra vida local y translocal.

Para efectos de estas reflexiones, entenderemos por ambiente el entorno sociocultural del que formamos parte y que contiene distintas dimensiones entretejidas con nosotros, de las cuales destacamos:

- a. el sistema de relaciones entre el hombre y sus entornos, sistema que se constituye en virtud de esas interrelaciones, lo que hace que la realidad primaria del ambiente sea la interacción y la coexistencia entre seres humanos y sus circunstancias, materiales y simbólicas. Entonces, el ambiente no es algo objetivo en el sentido tradicional de ser independiente del hombre como lo ha pretendido siempre la tendencia realista, ni es subjetivo en el sentido habitual de ser una idea o representación que nos hacemos del entorno, tal como podemos encontrarlo en puntos de vista idealistas y constructivistas. Por el contrario, el ambiente es, para nosotros, la interrelación, más aún, el modo de darse, de construirse la interrelación. En este sentido, estamos en el ambiente tanto como éste está en nosotros, según el principio hologramático del que nos habla hoy E. Morin.
- b. por esto, una de las formas de hallar el ambiente está en la figura de un darse cuenta (sensible, intuitiva o reflexivamente); esto es, de verlo como un saber, o como necesidad de saber, o como expectativa de saber, dentro de ciertos horizontes epistemológicos, y no propiamente como una cuestión intelectual, sino como un primario y radical saber a qué atenerse, en el sentido en que Ortega y Gasset entendía este término.

La trascendencia de la tradicional y simplista reducción a la objetividad o subjetividad como polos antagónicos y la comprensión de sus inter-retroacciones como no-unitarias, heterogéneas y no-lineales, ha llevado al pensamiento contemporáneo, del que Latinoamérica no está eximida, al reconocimiento de la complejidad como modo básico de ser lo real. De aquí que uno de los dilemas más de base en el orden de la reflexión sea el que pone en primer plano los enfrentamientos entre lo que E. Morin (2003) denomina paradigmas

de la complejidad y de la simplicidad, así como lo que E. Leff (2004) señala como enfrentamiento de racionalidades.

Según esto, desde lo que suponemos más simple, sencillo o elemental, hasta lo que estimamos como más altamente organizado, revelaría la condición de realidad compleja; de modo que esta categoría no designaría ya un ámbito especial y específico de lo real, sino una conformación estructural y funcional de orden genérico: un modo de ser. Lo extraño del caso es que, como ha dicho E. Morin, mientras nuestra relación inmediata y espontánea con las cosas ha dado por descontado lo complejo, lo múltiple, lo diverso, y nuestra experiencia cotidiana lo ha supuesto como de sobra evidente, para nuestro saber privilegiado y radical, la ciencia, sobre todo en sus expresiones modernas, aún vigentes en amplios círculos intelectuales, esta complejidad ha estado más bien del lado de las apariencias, siendo entonces que la realidad verdadera se nos aparece escondida, oculta tras esas apariencias. Con otras palabras, que la complejidad era para esa tradición, la no verdad. Por tanto, es coherente que para tales concepciones tradicionales, la complejidad se nos muestre como una estructuración teórica que debe ser abandonada a favor de lo simple y elemental, de los datos esenciales que según esas convicciones estarían a la base de las apariencias; de manera que el ser (la ley, la naturaleza, según sea el caso), desentrañado y puesto al descubierto por el pensar, haría evidente esa condición simple de lo real, condición que ordenada según determinaciones claras, sencillas y precisas, aconsejaría que el entendimiento, nuestra razón, se organice también en forma análoga. Y es así como, desde Descartes, se ha estimado que el conocimiento recomienda como organización inequívoca la ordenación geométrica, única instancia que para el pensamiento moderno

puede hacer presente, patentizar lo real. Por esto, lo que en Descartes es programático, se fundará en lo evidente, y desde entonces será el pensar geométrico el modelo de la ciencia. Este modelo moderno del conocimiento científico habría destinado a Occidente el modo de saber que le es característico: el saber racionalista y sus consiguientes afanes de reducción y disyunción. Desde entonces, y generalizada a todas las ciencias, la compulsión a la simplicidad se ha confundido con el método y así ha dominado nuestro saber, reduciendo y analizando todo. Físico u orgánico, psíquico o social, cultural o histórico, todo lo real, dice J.P. Sartre, fue analizado y reducido a esos datos elementales que supuestamente representaban la esencia de lo que hay, ilustrando de este modo la creencia en ese supuesto verdadero orden de lo real.

Hoy asistimos, sin embargo, a lo que se ha venido llamando un cambio de paradigma, y claramente somos empujados a un enfoque que se ha impuesto el deber de respetar las realidades en el modo en que se dan a nosotros, lo que al imponer un “nuevo orden” en el modo de concebir lo real, impone también la necesidad de pensar un nuevo trato con la realidad. En definitiva, se trataría de dejar ser a la realidad, según su condición y no de acuerdo a lo que alguna vez se llamó la “sana razón” o el “buen sentido”, los que siempre tuvieron el ilustrativo carácter de unilateral imposición de nuestro entendimiento, la tiranía intelectual de la razón. Libre de imposiciones idealistas o realistas, o constructivistas como se dice hoy, acaso lo real pueda manifestarse según sus propias “inclinaciones” o “conveniencias”, establecidas en el trato con nosotros, referente ineludible de todo conocimiento de realidades.

Y así, mientras que en la ciencia la crítica al paradigma que E. Morin llama de la simplicidad, era observado con sos-

pecha por las normas vigentes, sobre todo de tipo positivista, fiel exponente de ese paradigma moderno, en la vida cotidiana se fue imponiendo la creencia en contrario, siendo cada vez más notorio que la condición humana, en cualesquiera de sus realizaciones es, antes que nada, un acontecer entre otros acontecimientos que van tramando las circunstancias de nuestros proyectos y que se manifiestan espacial y temporalmente entramados, así como también lo hacen discursivamente. En este entramado se tejen y se destejen las complejidades de la vida en común, de la experiencia compartida en las prácticas cotidianas de proyectos personales y colectivos, los que van configurando las historias personales y colectivas en constante interacción. Porque es una ganancia de nuestra época que así como se hacen los discursos, (narrativas), así también se hacen, se construyen, los espacios y los tiempos, siempre mediatizados como la comunicación o la política.

Todo lo humano es, de este modo, acontecimiento de discurso, incluida su relación con la naturaleza, cuestión que a todas luces obliga a repensar las relaciones entre el saber y los ambientes, poniendo en jaque al pensamiento habitual que piensa las relaciones como una cadena causal, en las que el pensamiento es concebido como un reflejo del ambiente, para pensarlo sino como su condición de posibilidad, en una dinámica en que, admitiendo que ambiente y pensar se dan a la vez, aunque en esa dinámica sea siempre el pensar el que inicia el diálogo.





Agosto de 2013

## LA VUELTA DEL LUGAR I

«lo real globalizado descubre entonces sus claros componentes particulares, locales, en interacción con lo global. Lo que hay, lo real, aparece entonces no simplemente conectado, sino que, y esto es lo esencial, interconectado».

A mediados de los '70, se aludía a los procesos globalizadores mediante términos como aldea global, mundialización, pensamiento planetario, postindustrialismo, segunda revolución industrial, capitalismo avanzado, etc., En todos estos casos, lo que se señalaba expresamente eran los cambios profundos que estaban ocurriendo en el orden material y que habrían de afectar a las formas de su intelección y valoración, es decir a las nociones y conceptos con los que se intentaba comprenderlos. En estos contextos, Alvin Toffler, publicó “El Shock” del futuro. Allí se señalaba que las grandes transformaciones que se observaban en la vida social y cultural se debían a la creciente aceleración de los cambios y a sus efectos de transitoriedad o impermanencia.

A. Toffler analizaba estos efectos refiriéndolos a tres planos interconectados: el cambio de la relación del hombre con los recursos, la transformación del alcance y la escala del cambio, y, fundamentalmente, la transformación radical del

ritmo del cambio, situación que, a su juicio, no tenía precedente en la historia. Y es aquí donde, con toda formalidad, se adelantó la teoría de que uno de los cambios más radicales que sufriría el hombre en ese futuro, que ya estaba ahí y era el nuestro, sería el de la función, el sentido y el valor del espacio vital inmediato, del territorio en tanto espacio vivido en proximidad, apropiado y puesto a disposición, y que Toffler, como otros, llamaba lugares.

Entonces, el hombre, considerado como un ser localizado en entornos de relativa permanencia, siempre familiares y, generadores de fuertes puntos de orientación e identidad personal y colectiva, pasaba, en virtud de esos cambios, a ser transeúnte de espacios de creciente impermanencia, los que se consumían del mismo modo que las cosas, las relaciones sociales o la información y, sobre todo, el tiempo, lo que haría del hombre futuro un nuevo nómada.

En el transcurso de la década siguiente, fue instalándose en forma definitiva ese conjunto de procesos que fue indicado con el controvertido concepto de globalización. Con un fuerte componente material fue identificado primero como un fenómeno económico-financiero y, fruto del capitalismo, se entronizó con el auge de las sociedades de mercado. Así, para los primeros analistas, todos sus efectos son primariamente emanaciones de su condición económica, luego política. Sólo posteriormente, también cultural. Y de estos efectos, los más caracterizados son el de arrasar con las diferencias, instaurando un ámbito de homogeneidades que reprimen y disuelven todo afán individualizador de modelos que no sean de la misma naturaleza que el mercado. De este modo habrá un espacio común, un tiempo común y un lenguaje común, del mismo modo en que hay un mercado común. Prohibido todo aparte,

a lo menos más allá de lo que promueve la propia globalización concebida como un momento de la vida moderna; es decir, prohibido, resistido, reprimido todo lo diferente: por ejemplo, según ya se ha comentado tanto: el negro, el indígena, el homosexual, el joven, la mujer, etc. Es decir, el otro.

En tales entornos, el lugar, lo local, al supeditarse a lo global, ha tendido también a desaparecer, a perder significación, y con ello lo concreto se subordina a lo abstracto, lo cualitativo y resonante, a lo cuantitativo, silencioso. Entonces, lo globalizado se camufla de realidades efectivas, simula alcances tanto más totales cuanto más abstractos, disfrazando su condición abstracta en conjeturas totalizantes.

La crítica a la globalización comienza como un intento de llamar la atención sobre todo aquello que o se pierde o se disimula tras la apariencia de un progreso indefinido e inevitable. Con la pérdida de los socialismos ya no hay barreras al capitalismo y por lo tanto ya no hay fronteras, ni límites al modelo de la economía de mercado. El modelo se mundializa y deviene cultura única, universal. Esta fue, por lo menos, la primera impresión y algunas de las primeras certezas.

Sorprende en este punto la similitud que este planteamiento, que situábamos inicialmente en la obra de A. Toffler, encuentra en la obra del antropólogo francés Marc Augé quien, al definir la actual situación de los lugares, adelanta que éstos, al someterse a la aceleración contemporánea que caracteriza a lo que a su juicio debe nombrarse como sobremodernidad, tienden en realidad a desaparecer a favor de esos espacios de no identidad, espacios de lo transitorio, que él denomina no lugares y que también destacan la condición de nomadismo (migraciones, turismo) que se hace presente en la realidad sociocultural de nuestro tiempo.

Pero, pronto se hizo evidente, que tal descripción y eventuales proyecciones adolecían de aquello mismo que pretendidamente era su fundamento: la realidad efectiva. Con ello quedó en evidencia el componente de simulacro que contenía y de esta manera su dimensión ideológica. Así la globalización es reinterpretada ahora en términos de las efectivas y no presuntas realidades, resignificando aquello que había sucumbido al afán aplanador y disolvente de la interpretación anterior y casi canónica: lo real globalizado descubre entonces sus claros componentes particulares, locales, en interacción con lo global. Lo que hay, lo real, aparece entonces no simplemente conectado, sino que, y esto es lo esencial, interconectado. Para muchos, esta etapa, que se conoce como postmodernidad, es el período en que la globalización alcanza sus culminaciones. Y este es también el momento en que los lugares, contra todas las evidencias y certezas, retornan a la consideración en los expertos, resignificándose sus alcances y limitaciones.

Septiembre de 2013

## LA VUELTA DEL LUGAR 2

«toda hermenéutica que intente descifrar o revelar un sentido, termina siempre por hablar despertando efectos retroactivos, según los cuales todo imaginario tiene que dialogar con el recuerdo y el olvido, es decir, con la emoción y la memoria».

Volvemos entonces al lugar.

De pronto el espacio vuelve a sernos familiar, cercano y concreto, un espejo de reconocimientos mutuos. Dialogamos con el entorno, mostrando ahí nuestra pertenencia, viviéndolo en razón de sus antagonismos y sus complementariedades, y narrándolo también, asumiéndolo desde las palabras que lo dicen. Nuestro conocimiento es, inequívocamente, interpretación. Somos con el lugar y desde él.

Esta copertenencia entre el espacio como entorno inmediato y los proyectos de apropiación que lo presentan como lugar, como territorio o como paisaje, es lo que hoy día está en la base de la complejidad, y opera indistintamente si el lugar es rural o es urbano. En ambos casos, se ha dicho, es el espacio de la identidad y de la historia personal o colectiva, que se hace presente en medio de los ambientes globales como contra respuesta a esos ambientes, y como reacción o resistencia a

los afanes de disolución que, por uno de sus lados, parecía ser propio de la globalización.

En estos contextos de creciente complejización de la vida, nos encontramos con la también creciente confianza de que son los lugares los ámbitos de máxima realidad cotidiana, de encuentros y desencuentros con lo real, sea efectivo o imaginario.

Un sugestivo planteamiento al respecto es el que nos parece que desarrolla Arturo Escobar. Sobre este planteamiento conjeturamos algunas hipótesis que van más allá de señalar los términos del debate y de explicitarlos. En su argumento creemos que se está señalando que la discusión misma es la expresión de un problema más bien académico. Según este debate, hay quienes sostienen (como Toffler y Augé) que los lugares tienden a desaparecer por efectos de la aceleración o de la globalización, desarraigando al hombre de su entorno más inmediato, mientras que otros, en virtud de lo mismo, sostienen que ésta es precisamente la condición de posibilidad de su renacer. Sin embargo, como lo señalamos recién, nos parece vislumbrar, aquí, que Escobar quiere ir más lejos y que pone el debate a la vista, pero contrastando la opinión académica indicada con la “opinión” del hombre común y corriente en su vida cotidiana, opinión que reflejaría que tal debate no ha descendido hasta allí, de manera que en este ámbito se constataría que los lugares, en realidad de verdad, nunca han perdido presencia.

Pero el debate académico está planteado y no puede eludirse. Lo importante es, sin embargo, comprender que esta discusión no es insignificante o banal, sino que las opciones traen consecuencias para nuestro habitar los mundos en que nos movemos a diario, material o espiritualmente.

Lo anterior se observaría de preferencia en aquellos que trabajan en “la inserción del ambiente y el desarrollo” en sus críticas y propuestas de ocupación sustentable de los territorios y, para quienes la relación naturaleza-cultura-desarrollo, es más que fundamental (E. Leff, D. Floriani y otros). Para ellos, dice Escobar, “cualquier salida alterna debe tomar en cuenta los modelos de la naturaleza basados en el lugar, así como las prácticas y racionalidades culturales, ecológicas y económicas que las acompañan”. Y en un texto fundamental agrega:

Tomando como punto de partida el carácter problemático de la relación entre lugar y cultura, estos trabajos hacen énfasis en el hecho de que los lugares son creaciones históricas que deben ser explicados, no asumidos, y que esta explicación debe tener en cuenta las maneras en que la circulación global del capitalismo, el conocimiento y los medios, configuran la experiencia de la localidad.

Entonces se hace cada vez más necesario explicar las diferencias, lo que se transforma hoy en el gran problema, puesto que, pregunta Escobar: “¿Cómo explicar la producción de diferencias en un mundo de espacios profundamente interconectados?”

Y todo esto, sin naturalizar nada, sin reificar nada.

Sin embargo, el tema se vuelve verdaderamente álgido cuando nos acercamos al lugar en el contexto de las ciudades y de la vida urbana. Entonces las dificultades crecen notoriamente, pero también notoriamente se puede observar que el lugar mantiene su relevancia a nivel de las cotidianidades, mientras que su teorización se encuentra con nuevas realidades que deben ser tomadas en cuenta, de preferencia aquéllas que se indican con los conceptos clave de “redes”, “flujos”, “complejidad”, “rizomas” etc., o bien “habitus”, “representaciones

simbólicas”, “metáforas”, “imaginarios”, etc., conceptos que, al parecer, hacen exigible que la mirada a los lugares, aquí, en la ciudad, sea cada vez más profundamente hermenéutica.

Una salida a estas situaciones parece estar en el giro fundamental que conduce de lo macro espacial y temporal a lo micro espacial y temporal, así como en el desplazamiento de la atención desde las explicaciones causales a las narratividades, lo que desde ya va configurando un programa de aproximación a la comprensión interpretativa de la vida urbana. Por esto hemos dicho que, lo que de común parecen tener los lugares en la actualidad, cualesquiera que sean los sitios en que se establezcan, es que cada vez más se van circunscribiendo en espacios acotados, en microespacios en que la vida se va haciendo familiar, estaciones de encuentros y permanencias, de identificación que, en las ciudades, pueden estar constituidos por los barrios, las plazas, los paseos peatonales, las unidades vecinales, o, en fin, determinadas zonas de las ciudades, en quienes va latiendo la singularidad.

Pero no hay que perder de vista que en los estudios de lo social, los temas tienen siempre sus contrapartidas con quienes configuran sistemas complejos y donde los diferentes momentos que los constituyen se remiten unos a otros en términos de diferencias y complementariedades. Y así como los lugares reenvían constantemente a los no lugares, y viceversa, así también los procesos identitarios se nutren de procesos de desidentización, de crisis de identidad, y de constantes procesos de construcción y reconstrucción de identidades, las que son constantemente puestas en cuestión.

Así, quizás si el lugar más significativo sea siempre ese que se carga consigo, el lugar en que parece estar entretejida la emoción y la memoria, el espacio que H. Giannini llama



domicilio y que es algo más que la casa, que el hogar, y que puede trascender hacia el simbolismo de la infancia y de las tradiciones, que, por supuesto, están ligadas, atadas a un espacio físico como toda simbología; de modo que si la casa, el hogar, la habitación es un lugar, lo es por esa condición en que un símbolo emerge de una materialidad que nos es propia y en la que podemos reconocernos y, a la vez, distinguirnos de otro diferente. Entonces, domicilio, barrio, tradición, historia, representan lugares físicos y simbólicos interconectados, sea que permanezcamos en ellos o que emigremos a otros. Lo mismo podemos decir de la interconexión de la ciudad y el cuerpo a través de las metáforas que pueblan las narraciones, sean verbales o en imágenes.

Sin embargo, no podemos terminar estas notas, sin volver un poco al punto que nos sirvió de partida. En este punto de partida, hemos tenido presente a Marc Augé. Así, de acuerdo con él, tenemos que decir que todo objeto, sea construido efectivamente, materialmente o imaginado, concebido y presentado como obra es, al mismo tiempo, un objeto susceptible de ser mirado, interpretado, sea en el contexto de una teoría formal o de una práctica cotidiana, un modo de vivirlo, sentirlo, de practicarlo. Y esto es válido también, nos parece, para el espacio y de todo aquello que en el espacio se practica, como la ciudad, la vida urbana, la política, el arte. El espacio, dice Marc Augé, “existe esencialmente... por las prácticas humanas de que ha sido objeto”, sea que esto se conciba como territorio, como paisaje, como lugar o no lugar. Son estas prácticas las que, a su juicio, permiten calificarlo también “como estético o funcional, como profano o sacro, como público o privado”.

Desde una lectura atenta, conviene entonces comprender que así como toda singularidad puesta de manifiesto, descubre

sus contornos interactuando con el espacio leído como objeto porque forma parte de él, así también las prácticas que lo constituyen son históricas, de modo que la mirada tiene que recaer sobre “la forma según la cual las personas que utilizan el espacio lo readecuan y cómo los individuos redefinen sus relaciones, habilitándolo, invirtiendo, recomponiendo su espacio”. De esta manera, el hombre común en su experiencia diaria va correlacionando necesidades, expectativas, deseos, lenguajes que ya están ahí como interpretaciones colectivas, con nuevos afanes que buscan hacerse un sitio junto a otras sensibilidades y prácticas con las que se identificará, sea que intente recuperar formas clásicas o que se pretenda instalar novedades con relaciones siempre abiertas. Si la identidad no es una esencia inmutable, sino una construcción histórica, entonces el espacio urbano y sus lugares, que dependen de las prácticas urbanas y de las que finalmente cuelgan las identidades y sus procesos de desidentización, sólo podrá ser leída en estos contextos de relativa impermanencia. De aquí que toda hermenéutica que intente descifrar o revelar un sentido, termina siempre por hablar despertando efectos retroactivos, según los cuales todo imaginario tiene que dialogar con el recuerdo y el olvido, es decir, con la emoción y la memoria. Por esto, el lugar, aun cuando, a juicio de Augé, vaya dando paso a los no lugares, tendrá siempre ese rostro de lo conocido y familiar, una cierta atmósfera de complicidad con las raíces.

Octubre de 2013

## **SOBRE EL ESPACIO VITAL**

«todo modo de comunicación, por su índole técnica, es portador o generador de consecuencias personales y colectivas que se realizan objetivamente, configurando así un sistema de conexiones entre los hombres y su entorno, incluyendo sus propias representaciones subjetivas».

Que la experiencia del espacio sea tan central en la vida humana y que haya despertado tantos imaginarios en la historia se debe, en lo esencial, a que forma parte de la vida en su dimensión más elemental e inmediata: la cotidianidad entendida como experiencia común, como vida compartida. Y como la vida humana no es ubicua, sino que funciona siempre “en terreno”, se localiza en lugares, se sitúa en circunstancias que contemplan el espacio como una base estructural. A esta topografía de la vida en común, llamamos, con Humberto Giannini, espacios cotidianos. En este esbozo nos referiremos, sin embargo, al espacio en términos genéricos: como el “ahí” natural-cultural en que se realiza lo cotidiano de una comunidad cualquiera o una sociedad cualquiera, y que sus habitantes reconocen como de su propiedad, al tiempo que intentan, a veces con mucho esfuerzo y sacrificio, transformar en algo hospitalario, en un sitio habitable, en una morada.

Por esto, el espacio es un asunto complejo, lleno de tensiones que suscitan y traducen sensibilidades, estados de ánimo y alteraciones constantes de quienes los habitan. Todo esto va quedando señalado en las huellas de la comunicación, en el ámbito, a veces familiar, a veces extraño de las palabras y la memoria. No es por tanto algo quieto el espacio, sino un mundo contenedor de mundos que chocan, a veces convulsivamente. Esto es, la lucha, la guerra, el antagonismo, el conflicto. De tal situación genérica se nutren nuestras relaciones con el entorno, y sus huellas son la expresión de vivencias contenidas en los modos de experimentarlos. Así, la experiencia espacial es una trama entre nosotros y los mundos en derredor y, en tanto tejido, esa trama refleja la interacción, sus estilos y sentidos.

Pero, sabemos que las configuraciones y las vivencias ligadas a ellas, no surgen al azar o arbitrariamente: conectadas con la comunicación, son subsidiarias de modelos de sensibilidad y percepción que se generan en el ejercicio social de esos modos comunicativos, los que, en última instancia, resultan de la dialéctica entre la constitución técnica del lenguaje y ciertos estados colectivos de creencias. En esta relación, es siempre la figura tecnológica que asume la palabra, quien, en cada caso de la trama, inicia el “diálogo”. El otro elemento, tan activo como el señalado, por cuanto refiere a procesos e interacciones, es el ambiente en el cual se inserta la palabra, instalando su mensaje, profundizando o poniendo en jaque la estructura del ambiente.

Pero, ¿cómo el espacio, el lugar, el territorio puede convertirse, en virtud de la palabra, en la expresión de relaciones, de procesos de representación y de interacción social?

La conjetura fundamental que acogemos dice que, todo modo de comunicación, por su índole técnica, es portador o

generador de consecuencias personales y colectivas que se realizan objetivamente, configurando así un sistema de conexiones entre los hombres y su entorno, incluyendo sus propias representaciones subjetivas. Estos efectos que McLuhan denomina “mensaje” es lo que, en principio, y en tanto sistema de relaciones, constituirán a todo ambiente tecnológico, los que estarán entonces en la base de esos procesos, como modelos o paradigmas de percepción y acción, desplegándose de acuerdo a la índole y dinámica de los modos comunicativos, es decir, dialécticamente.

En consecuencia, habrá espacios que se determinarán según la dominante comunicativa, dando origen y desplegándolos como espacios acústicos, visuales y acústico-visuales. Así, dirá McLuhan, que toda cultura tiene un modelo favorito de percepción y acción y tiende a imponerlo a todo y para todos. De este modo, las estructuras tecnológicas de los medios comunicativos se transferirán al espacio y a las relaciones que los hombres establezcan con él, condicionando por esto no solamente los aspectos intelectuales, sino que también las dimensiones sociales y culturales. Ahora bien, ¿cómo se despliegan culturalmente estos mensajes? Este problema es clave si se quiere superar la normal inclinación a aceptar o negar todo determinismo en el sentido tradicional del término. Así, por ejemplo, Marx, Freud, Castoriadis.



Enero de 2013

## **“HAY QUE TENER IDENTIDAD”**

«Es el juego de otredades en la constante  
variabilidad de los encuentros y  
desencuentros entre lo Mismo y lo  
Otro, las que desde entonces se vuelven  
categorías en diálogo y recursividad  
constante».

Como todos los conceptos o nociones que resultan relevantes para la identificación y comprensión de la vida natural y social, tiene este de la identidad, una marcada referencia a la vida Moderna, en cuya atmósfera lo identitario correspondía a lo que de permanente y diferenciador por lo constante, había o podía hallarse en las cosas, fuesen naturales, humanas o divinas, y entendida como condición propia y autónoma. En este sentido lo que era, lo era siempre y necesariamente: esto es, una suerte de regularidad equivalente a legalidad que junto con señalar lo propio indicaba también la diferencia. Es decir, unía y separaba a la vez, de modo definitivo. Pero con la crisis de la Modernidad, entró en cuestionamiento también este gran concepto. Desde entonces, identidad ya no señala sin más lo constante de algo, lo inmutable, que fuera interpretado con la idea de naturaleza, sino que, cuando se trató de definir lo humano, paradójicamente, el concepto tuvo que acomodarse a la idea que indicó lo que está constituido por el cambio, la

impermanencia, incluso la inestabilidad, la transformación, llevando así a primer plano el problema de la diversidad y de la diferencia, como algo que a su vez no podía tener un rasgo de fijeza, sino como algo que está sujeto a modificaciones por efecto de las circunstancias. De este modo, la identidad pasaba de ser una categoría indicadora de lo natural a reinterpretarse como categoría histórica. Esto, sin embargo, no conduce ni obliga a aceptar el relativismo, aunque aparezca hoy día como una gran posibilidad. El contexto actual de los procesos identitarios es, de este modo, la apertura a lo plural y no la reducción a la unidad, propia del pensamiento moderno. Es el juego de otredades en la constante variabilidad de los encuentros y desencuentros entre lo Mismo y lo Otro, las que desde entonces se vuelven categorías en diálogo y recursividad constante. Por esto, la identidad de Uno y la identidad de Otro, pasa por el reconocimiento de lo propio de cada cual en todos los órdenes posibles en que puede operar, en todas las tramas y en todas las lecturas a que nos invita el descubrimiento de lo Diferente. Así, más que en una identidad única, hay que verse en las huellas de identidades múltiples, muchas veces contradictorias, que habitan en cada cual, sea en el orden personal, social, cultural, etc. De aquí que la primera pérdida que sufre el concepto es el de la referencia a actitudes arrogantes que pretenden ilustrar la pertenencia, aspiración y defensa de la inmutabilidad como valor superior, el de la permanencia a un rango o status invariable, sea superior o inferior; algo así como un don otorgado por la naturaleza de las cosas, según lo cual hay que valorar el ser de una sola traza, una sola línea, de un solo modo, como si lo uno fuese superior a lo múltiple. Y esto incluye orígenes y destinos inamovibles. Tener identidad no es entonces ahora ostentar lo invariable



y desvalorar lo cambiante como signo de desidentidad, sino asumir que nada humano puede aspirar a ser definitivo. Que esto sea parte de lo postmoderno o de cualquier otro modo de referir el cambio, es en realidad algo bastante secundario, ya que no se trata de una modificación en el plano terminológico, sino una transformación en las concepciones que tenemos de la condición humana, la que está lejos, muy lejos, de referir algo así como cuestiones naturales que simplemente habría que acatar. Nada hay suficientemente monolítico de lo que cabría enorgullecerse.



Junio de 2013

## **SOBRE IDENTIDAD Y ESPACIOS COTIDIANOS**

«El espacio es, entonces otra vez, en razón de la palabra hablada, un entorno encantado, un lugar en que lo sagrado atraviesa todos los ámbitos, un mundo de efectivos reencantamientos, donde todo parece tener cabida, o al menos derecho a la coexistencia. Pero esto trae algo más: por lo pronto, la revalorización de la voz, del oído, del tacto, de la emoción, de la memoria».

No cabe duda que la experiencia del espacio es una experiencia identitaria; quizás la más identitaria. Habría que verlo en las profundas inscripciones que esa experiencia deja en el alma personal o colectiva. Y esto porque el espacio no es algo que simplemente se encuentra como se encuentran tantas cosas, sino algo que se busca, y para esto es necesario que primero sea una experiencia de intimidad, algo que se lleva o que se arrastra, como se lleva una condena o se arrastra una nostalgia. Y quizás es por esto que siempre parece haber una cierta afinidad entre la sensibilidad y el entorno. Pero, de tal afinidad no se sigue que la relación con el espacio sea siempre de armonía: la hay también de desacuerdo, de desencuentro, de violencia.

Que la experiencia del espacio sea tan central en la vida humana y que haya despertado tantos imaginarios en la historia se debe, en lo esencial, a que forma parte de la vida en su dimensión más elemental e inmediata: la cotidianidad entendida como experiencia común, como vida compartida “en terreno”, localizada en lugares, en territorios, en paisajes, que sus habitantes reconocen como su propiedad, y tratan, a veces con mucho esfuerzo y sacrificio, transformar en algo hospitalario, en un sitio habitable, en una morada. Y es por esto que el espacio va quedando señalado en el ámbito, a veces familiar, a veces extraño de las palabras y la memoria.

No es por tanto algo quieto el espacio, sino un mundo contenedor de mundos que chocan, a veces convulsivamente, y sus huellas son la expresión de vivencias contenidas en los modos de experimentarlos.

Pero, ¿cómo el espacio, el lugar, el territorio puede convertirse, en la expresión de relaciones, de procesos de representación y de interacción social? La conjetura fundamental que acogemos dice que, todo modo de comunicación, por su índole técnica, es portador o generador de consecuencias personales y colectivas que se realizan objetivamente, configurando así un sistema de conexiones entre los hombres y su entorno, incluyendo aquí sus propias representaciones subjetivas. Así, dice McLuhan, que toda cultura tiene un modelo favorito de percepción y de acción y tiende a imponerlo a todo y para todos. De este modo, las estructuras tecnológicas de los medios comunicativos, de los distintos tipos de “palabras”, se transferirán al espacio y a las relaciones establecidas con él, condicionando por esto no solamente los aspectos intelectuales, sino que también las dimensiones sociales y culturales. Pero,

¿cómo se despliegan culturalmente estas consecuencias que McLuhan llama “mensajes”?

Situémonos en el espacio acústico. Según McLuhan, este espacio es, originariamente, una creación de la palabra hablada. Transferida al ambiente, la palabra hablada constituye y configura un sistema de relaciones cualitativas, concretas, un mundo viviente y sensorialmente activo en el que se desenvuelven interacciones de participación intelectual, afectiva y social dadas como relaciones de implicación y compromiso de todo con todo, las que para tener vigencia y realidad, tienen que ser reiteradas constantemente, actualizadas día a día. Representaciones de la imaginación y de la memoria, conductas profundamente ritualizadas, e interacciones cara a cara, forman parte de un conjunto de exigencias de este espacio. Pero, la palabra hablada no se transfiere así sin más al espacio: lo hace bajo la forma de metáfora, la que, material y simbólicamente, queda representada en las vivencias y objetivadas en el mito o en la magia, poderes que son atribuidos y asimilados a la continuidad de la palabra. En este sentido el espacio parece traducir la condición sonora en la configuración de sus representaciones: oímos la realidad. Entonces se le concibe como por analogía con el sonido de la palabra y de esta forma se presenta con los irreductibles caracteres del drama y la emoción, es decir, con los caracteres de la interdependencia y de la afectividad compartida, profundamente social y corporativa. Por eso, en este mundo que McLuhan llama “mágico y resonante de relaciones simultáneas”, no cabe la emergencia de lo personal-individual, del hombre separado de la comunidad, como tampoco facilita la escisión o fragmentación mental, por ejemplo la separación entre pensamiento y acción. “Las culturas orales —dice McLuhan— accionan y

reaccionan a un mismo tiempo” conformando una unidad orgánica, férreamente cohesionada por las tradiciones.

Plural, discontinuo, finito, el espacio acústico es un espacio totalizador y totalizante. Y, en virtud de la magia resonante de la palabra, no parece ser sino la prolongación del organismo social en el entorno, entorno del que no puede separarse porque se requieren mutuamente, se confunden, se son recíprocos y unánimes. El cuerpo viviente del lenguaje en una cultura oral, afirma E. Havelock, “es un flujo de sonido que simboliza un río de acciones, un dinamismo continuo expresado en una sintaxis de conducta o, si se prefiere el lenguaje de la filosofía contemporánea, una sintaxis “realizativa””.

En suma: en las culturas orales, los objetos, acota McLuhan, “resonaban unos con otros. Para el hombre de las cavernas, el griego montañés, el cazador indio (de hecho, incluso para el chino de Manchuria en nuestros días) el mundo tenía múltiples centros y era reverberante”.

Esta idea es particularmente significativa en nuestro tiempo, por cuanto a lo menos en un sector importante del pensamiento actual, el creciente cuestionamiento de todo centro al modo en que fuera instaurado por la racionalidad moderna, junto con la pérdida de la linealidad en la concepción de la historia, es uno de los signos más decisivos de que las cosas parecen haber entrado en un nuevo orden, reinstalando una sensibilidad y percepción que nos recuerda la oralidad tribal donde, a juicio de McLuhan, “el orden del tiempo ...era circular y no progresivo”. Entonces, como al parecer ahora también, “la imaginación acústica moraba en el reino del flujo y del reflujo, el logos... El habla, antes de la era de Platón, era el depósito glorioso de la memoria”. Y en un texto que conecta estas condiciones con el poder mágico de la palabra,

dice que en las sociedades primitivas, la dicotomía clásica de esto o aquello no es la única posibilidad. “También está el ambos”, el “a la vez” que regirá al pensamiento más reciente. “Volvemos, dice en *La comprensión de los medios*, a la forma inclusiva del ícono”.

Por tanto, en un mundo como éste, donde lo que domina es la instantaneidad y la simultaneidad, no puede soportar la cronología ni la causalidad lineal. Y así, el tiempo y la mentalidad, al igual que el espacio, se aproximan al círculo, y por ello, al retorno.... y al mito. El espacio es, entonces, otra vez, en razón de la palabra hablada, un entorno encantado, un lugar en que lo sagrado atraviesa todos los ámbitos, un mundo de efectivos reencantamientos, donde todo parece tener cabida, o al menos derecho a la coexistencia. Pero esto trae algo más: por lo pronto, la revalorización de la voz, del oído, del tacto, de la emoción, de la memoria.





Diciembre de 2013

## **UNA MIRADA A LAS IDENTIDADES ACTUALES EN CHILOÉ 1**

«(...) siendo la sociedad global un ámbito insoslayable de referencia, y considerando también las controversias que ha generado, sobre todo en la tendencia que acentúa las homogeneizaciones, sostenemos, por el contrario, que, en realidad, nada es o puede ser unívoco y unánime en la cultura, uniforme, unitario o permanente».

Es conocido que, en los últimos decenios, el Archipiélago de Chiloé ha sufrido transformaciones radicales en la medida que se consolida la sociedad de mercado y su ideología neoliberal, productos de los actuales procesos globalizadores, lo que no afecta solamente a las formas de vida en los planos económicos y políticos, sino que se extiende también a la cultura y sus problemas de identidad, generando tensiones que se manifiestan como expresión de sensibilidades encontradas y contrapuestas. Un resultado cada vez más notorio es el surgimiento de divergencias y de incertidumbres respecto a destinos que alguna vez se creyeron unívocos y unánimes.

En 1998, el geógrafo chileno Roberto Santana afirmaba que “desde los años 80’, cuando comienza a expandirse la industria del salmón, se activa la explotación del bosque y se expande el

sector de servicios”, ya se reconoce como muy significativo, “el temor de la pérdida de identidad como consecuencia de los efectos modernizantes del desarrollo”, y entonces agregaba que “el verdadero problema” para los chilotes se sitúa “en la respuesta que pueden dar a los desafíos de la modernidad invasora”.

Pero sabemos también que la disposición al cambio o su aptitud para ello, depende de una determinada concepción de la cultura. Desde aquí podemos comprender que el arraigo fundamental de las culturas en su condición cambiante y sus efectos sobre la identidad ha posibilitado que ésta (la identidad) sea hoy por hoy uno de los temas más convocantes de las ciencias sociales. Así es como asistimos a la configuración de un nuevo mapa identitario, un escenario que permite analizar las relaciones que se establecen entre lo local y lo global, entre lo particular y lo universal, como contexto mundial actual donde entran en juego los procesos de modernización, los modernismos contemporáneos y las identidades locales, que frente a estos procesos y relaciones se transforman, se articulan, se mezclan y se renuevan.

En este sentido, y siendo la sociedad global un ámbito insoslayable de referencia, y considerando también las controversias que ha generado, sobre todo en la tendencia que acentúa las homogeneizaciones, sostenemos, por el contrario, que, en realidad, nada es o puede ser unívoco y unánime en la cultura, uniforme, unitario o permanente, y aunque Chiloé estuvo, comparativamente con otras regiones, más cerca de la univocidad y unanimidad, algunas de sus actuales visiones intelectuales consignan ese error de apreciación que hoy día se ha vuelto evidente. Y decimos algunas porque también observamos que una parte significativa de esa intelectualidad

conserva aún un sustrato de añoranza de aquella aparente convergencia tradicional que había puesto a Chiloé en un imaginario caracterizado por sensibilidades más homogéneas y por imágenes más coherentes entre sí. Y esta controversia es algo que no se puede obviar a la hora de describir las situaciones efectivas.

En este caso, por ejemplo, el músico Ramón Yáñez que, a decir de S. Mansilla, se ha erigido en un defensor decisivo de la herencia cultural identitaria del archipiélago desde una posición privilegiada: la de ser testigo de la intrahistoria de las islas (S. Mansilla, 2006, entrevista inédita a Ramón Yáñez). También casos como los de Dante Montiel que, desde la dirección de la revista *Cultura de y desde Chiloé*, junto a otros, ha levantado una defensa notable de las formas de vida que se originaron y desarrollaron allí.

Hoy estamos viviendo otra época, dice Ramón Yáñez, “y la primera tarea es batallar para que vayamos queriendo nuestra cultura, o sea, junto con tratar de rescatar o de reencontrar algún cantor antiguo que todavía queda, hay que empezar primero por una etapa de motivación, crear un sentimiento favorable en la gente hacia su pueblo, hacia sus tradiciones” (2006, entrevista con S. Mansilla).

Semejante propósito expresa Dante Montiel en la Editorial que reinicia la publicación citada, después de diez años de silencio. Refiriéndose a las colaboraciones de este número afirma que “su publicación es el impacto cultural más positivo

para proseguir reforzando y reflexionando la identidad de nuestro pueblo-archipiélago” (2003).

Pero sabemos que nada se reflexiona si previamente no ha entrado en fase de cuestionamiento, de duda, de incertidumbre. Y Chiloé no es la excepción.

Con referencia a esto, se ha reiterado mucho que algo comenzó a quebrarse en la cotidianidad chilota a partir de los 60´, año del gran terremoto, y a mostrar las penosas señales de las entonces ocultas divergencias que se harían ostensibles en las décadas de los 70´, período en que, junto al poder militar, se instala también el imperio del poder económico, bajo la forma de mercado. El ulterior retorno a la democracia no significó en modo alguno una solución global a los excesos militares y económicos. Por el contrario, es conocido que los gobiernos democráticos han profundizado las estructuras, funciones y proyectos neoliberales y es en este sentido que puede afirmarse que se ha consolidado el sistema, incluyendo en esto las propuestas culturales oficiales. Por esto hay en Chile, y particularmente en Chiloé, alguna fuente de resistencia al sistema, que no proviene precisamente de las esferas oficiales (gubernamentales u opositoras) como se creyó al principio, sino de quienes pueden ser considerados como nuevos márgenes en que hacen sus nidos actitudes críticas al capitalismo y sus secuelas más recientes.

Volviendo a los opositores al “sistema” debemos decir que signos inequívocos de esto los encontramos en discursos de escritores como Mario Contreras, arquitectos como Edward Rojas, etnógrafos como Renato Cárdenas, los que al centrar su atención en lo más reciente, como es el afán de construcción de un gran puente que pueda unir la Isla Grande con el continente, obra monumental que parece que sólo aplauden los sectores

favorables a y favorecidos por la globalización económica, manifiestan expresamente su oposición.

Así, Mario Contreras, en una de sus cartas abiertas, dice en 1999:

La verdad es que no sé cómo empezar esta carta. A lo mejor le cabe el título de la famosa novela-reportaje de García Márquez, “Crónica de una muerte anunciada, toda vez que los chilotes que amamos de verdad a nuestra provincia, (nuestro pequeño país, nuestra ínsula), sabíamos que este gobierno, partidario de “dejar hacer” más que intervenir a favor de los más débiles para equilibrar así las diferencias económicas y sociales, encontraría la fórmula para entregar por mano mora, nuestra pequeña ínsula al bandidaje internacional, al esclavismo —disfrazado de homogeneidad—, a la explotación inmisericorde de las transnacionales y sus agentes chilenos, tal como ya hicieron con el Cobre, el Salitre, el Carbón, el Litio, tal como siguen haciendo con la Energía Eléctrica, con los Teléfonos, con los caminos, con los puertos, con el agua potable...” (<http://membres.lycos.fr/chiloe/>).

En agosto de 2006, Edward Rojas, en carta publicada en el diario El Mercurio, sección Artes y Letras del domingo 13, se refiere a esto en los términos siguientes:

“Chiloé se ha visto enfrentado a la entelequia de un Gobierno central que prometió la construcción

de una obra colosal y emblemática para celebrar el Bicentenario. El puente colgante más moderno y largo de Latinoamérica, capaz de unir con sus dos kilómetros y medio de longitud, la Isla Grande de Chiloé con el continente en sólo diez minutos. [...] que para algunos se transformó en un sueño capaz de resolver las necesidades y alcanzar a través de ella un desarrollo postergado. Y que para otros fue vista, en cambio, como una terrible y mortífera amenaza capaz de darle un “golpe de gracia” a la cultura insular”.

De esta manera, afirma Rojas, el puente, como acaso todas las cosas en este tiempo, que vienen impuestas desde el centro, “pone en tensión la tradición y la modernidad”, enfrentando a la Isla a la necesidad de dar respuesta a estas nuevas realidades.

Por su parte, Renato Cárdenas, aun cuando reconoce que el “sector más conservador de la chilotada actual cree que el puente terminará arruinando los últimos reservorios de identidad”, estima que todo desarrollo, en el que cree, tiene que hacerse con la integración de identidades, desarrollo que incluye precisamente al mar, no lo soslaya o evita:

“El mar no es una obstrucción”, dice, sino “todo lo contrario, siempre el chilote ha tenido una relación amigable con él: ha sido su huerta alimenticia y su carretera. Es un poderoso elemento de identidad a través del cual podemos contar la historia de esta región sur, desde las dalcas

precolombinas hasta las pangas de la industria salmonera.” (“Casinos, puentes y berrinches”)

Ahora bien, para cerrar estas referencias cogidas un poco al azar, recurrimos de nuevo a Roberto Santana en un texto que nos parece altamente significativo:

“la cultura chilota, cuya crisis de creación ha sido puesta brutalmente al desnudo por la invasión modernizante, tiene absoluta necesidad de un “renacimiento” y ello no puede ser el fruto sino, en primer término, de los propios actores chilotes”.





Noviembre de 2014

## **SOBRE COMPLEJIDADES**

«hoy asistimos a un cambio de paradigma, y claramente somos empujados a un enfoque que se ha impuesto el deber de respetar las realidades en el modo en que se dan a nosotros, lo que al imponer un “nuevo orden” en el modo de concebir lo real, impone también la necesidad de pensar un nuevo trato con la realidad».

La trascendencia de la tradicional y simplista reducción a la objetividad o a la subjetividad como polos antagónicos y la comprensión de sus inter-retroacciones como no-unitarias, heterogéneas y no-lineales, ha llevado al pensamiento contemporáneo, del que Latinoamérica no está eximida, al reconocimiento de la complejidad como modo básico de ser de lo real. De aquí que uno de los dilemas más de base en el orden de la reflexión sea el que pone en primer plano los enfrentamientos entre lo que se ha denominado paradigmas de la complejidad y de la simplicidad, lo que se señala también en términos de enfrentamiento de racionalidades. Y esto es no solamente un enfrentamiento a nivel de la lógica del pensamiento, sino que también en el de “la lógica de las acciones”.

Según esto, desde lo que aparentemente nos resulta más sencillo y elemental, hasta lo que estimamos como más altamente organizado, revelaría la condición de realidad compleja;

de modo que esta categoría no designaría ya un ámbito especial y específico de lo real, sino una conformación estructural y funcional de orden genérico: un modo de ser.

Lo extraño del caso es que, mientras nuestra relación inmediata y espontánea con las cosas da por descontado lo complejo, lo múltiple, lo diverso, y nuestra experiencia cotidiana lo ha supuesto como evidente, para nuestro saber privilegiado y radical, la ciencia, sobre todo en sus expresiones modernas, aún vigentes en amplios círculos intelectuales, esta complejidad ha estado más bien del lado de las apariencias, siendo entonces que la realidad verdadera se nos aparece escondida, oculta tras esas apariencias. Con otras palabras, que la complejidad era para esa tradición, la no verdad. Por tanto, es coherente que para tales concepciones tradicionales, la complejidad se nos muestre como una estructuración teórica que debe ser abandonada a favor de lo simple y elemental, de los datos esenciales que según esas convicciones estarían a la base de las apariencias; de manera que el ser (la ley, la naturaleza, según sea el caso), desentrañado y puesto al descubierto por el pensar, haría evidente esa condición simple de lo real, condición que ordenada según determinaciones claras, sencillas y precisas, aconsejaría que el entendimiento, nuestra razón, se organice también en forma análoga. Y es así como, desde Descartes se ha estimado que el conocimiento recomienda como organización inequívoca la ordenación geométrica, única instancia que para el pensamiento moderno puede hacer presente, patentizar lo real. Por esto, lo que en Descartes es programático, se fundará en lo evidente, y desde entonces será el pensar geométrico el modelo de la ciencia.

Según muchos, este modelo moderno del conocimiento científico habría destinado a Occidente el modo de saber que

le es característico: el saber racionalista y sus consiguientes afanes de reducción y disyunción. Desde entonces, generalizada a todas las ciencias, la compulsión a la simplicidad se ha confundido con el método y así ha dominado nuestro saber, reduciendo y analizando todo. Físico u orgánico, psíquico o social, cultural o histórico, todo lo real, dice J.P. Sartre, fue analizado y reducido a esos datos elementales que supuestamente representaban la esencia de lo que hay, ilustrando de este modo la creencia en ese supuesto verdadero orden de lo real.

Pero, hoy asistimos a un cambio de paradigma, y claramente somos empujados a un enfoque que se ha impuesto el deber de respetar las realidades en el modo en que se dan a nosotros, lo que al imponer un “nuevo orden” en el modo de concebir lo real, impone también la necesidad de pensar un nuevo trato con la realidad. En definitiva, se trataría de dejar ser a la realidad, según su condición y no de acuerdo a lo que alguna vez se llamó la “sana razón” o el “buen sentido”, los que siempre tuvieron el ilustrativo carácter de unilateral imposición de nuestro entendimiento, la tiranía intelectual de la razón. Libre de imposiciones idealistas o realistas, o constructivistas como se dice hoy, acaso lo real pueda manifestarse según sus propias “inclinaciones” o “conveniencias”, establecidas en el trato con nosotros, referente ineludible de todo conocimiento de realidades.

Y así, mientras que en la ciencia la crítica al paradigma que E. Morin llama de la simplicidad, era observado con sospecha por las normas vigentes, sobre todo de tipo positivista, fiel exponente de ese paradigma moderno, en la vida cotidiana se fue imponiendo la creencia en contrario, siendo cada vez más notorio que la condición humana, en cualesquiera de sus realizaciones es, antes que nada, un acontecer entre otros

acontecere que van tramando las circunstancias de nuestros proyectos y que se manifiestan espacial y temporalmente entramados, así como también lo hacen discursivamente. En este entramado se tejen y se destejen las complejidades de la vida en común, de la experiencia compartida en las prácticas cotidianas de proyectos personales y colectivos, los que van configurando las historias personales y colectivas en constante interacción. Porque es una ganancia de nuestra época que así como se hacen los discursos, (narrativas), así también se hacen, se construyen, los espacios y los tiempos, siempre mediatizados como la comunicación o la política. Entonces, todo lo humano es, de este modo, acontecimiento y entramado, trama, tejido, texto; incluido su relación con la naturaleza, según lo establece la Ecología Política más reciente.

PARTE II

IMPRESIONES EN  
MIL FRAGMENTOS



18 de diciembre de 2007

## LA GENTE PASA

Alguna vez, en uno de esos momentos que no son más que para el olvido, imaginé que me veían aquí, en este puente condenado a morir de viejo. Entonces miraba las aguas del Rahue correr lentas, casi suaves, y presentía en ellas unas manos gigantes, prontas para recibir a quien se precipita, abrazarlo no sé con qué fuerzas milenarias y llevarlo hasta el fondo, corriente abajo, siempre hacia abajo, hacia el mar lejano. Imaginé que observaba remolinos traicioneros ocultarse bajo una superficie acogedora, verde-azul, que me recordaba el San Pedro en Los Lagos. Pero el Rahue parecía menos amistoso, casi agresivo con sus miradas oblicuas y sus orillas cambiantes como camaleón en celo. Ahora lo veo de otro modo: lo imagino con su inmensa historia y comprendo su tremenda desconfianza; siento que quisiera deshacerse de esta montura de concreto que le lastima el lomo. Pero parece inútil. Presiento también el gesto resentido de quien ha sido dominado, domesticado, sometido. Desde estas barandas parece nostálgico de una grandeza perdida: una oscura melancolía surge de sus reflejos cuando por las tardes se encienden las luces del puente y a lo lejos se esconden los vestigios de una identidad atropellada. Entonces, con un asomo de emoción me alejo hacia la ciudad.

Osorno se abre como un abanico y el Rahue se queda sumido en la niebla de un destino incierto. Elijo una vez más la calle de la Estación y camino lenta, muy lentamente, como si saliera de una revelación que no comprendo. Voy tras la sombra de estos años buscando una huella que desapareció hace tiempo, pero que ha dejado el aroma inconfundible de los rieles oxidados, los durmientes pudriéndose desde adentro, los paisajes de los trenes reflejados en los rostros curtidos de mendigos y vendedores ambulantes que pasan sin detenerse. La historia de Osorno pasa como el río y ahoga en sus corrientes una parte importante de sus memorias. Entonces es claro que las ruinas ya no son suficientes para ocultarlas. El pequeño Memorial la activa en un pasado reciente que rechaza el olvido. Sin embargo, igual que en el Fuerte pareciera cumplirse un mismo y paradójico destino: el de un Museo que no sabe qué tiempo referir ni a quién referirlo. La gente pasa. Convertida en transeúnte impenitente, no tiene ni tiempo ni ganas de presenciar nada que no huela a presente, a actualidad, a consumo. Quizás por eso en la Nueva Estación de Ferrocarriles ya se asoman los síntomas del abandono y del silencio, en medio del estruendo constructor del “progreso”. Automóviles y Casino se complacen en presentarse como signos inequívocos de la destrucción y negación del Tiempo.



19 de enero de 2008

## PAISAJES ONÍRICOS

Has entrado en el bosque. De tanto en tanto la arboleda deja ver algunos claros por donde se filtra una columna de luz. En la hierba espesa que vas aplastando se presenta a veces también un trozo de espacio sintonizado con la claridad de arriba. Sobre ese espacio cae un rayo luminoso que se va desplazando filtrado por las hojas y círculos claros se dibujan y desdibujan en el suelo. Aromas poderosos suben como humo, se apropian de ti y transmiten ese olor a tiempo que tienen todos los grandes recuerdos.

Pájaros invisibles cantan su emoción eterna, repetida por siglos y siglos, y el bosque se llena de sonidos desatados con la violencia del deseo que los acarrea hasta aquí.

Entonces el viento que se filtra entre las altas ramas sacude el polvo de las alas de los pájaros que emigran y todo se vuelve un carnaval de vida, una fiesta interminable.

Caminas casi a tientas sorteando las ramas bajas y los arbustos que te cierran el paso; caminas y sueñas que el tiempo se detiene, y por un instante vuelves a ver aquellas aves grises que perseguías hace muchos años, cuando tu padre te llevaba a cazar en otros bosques, con otras voces, otros aromas y colores, en otros ámbitos. Entonces te quedas un rato entre esas imágenes que ya no tienen edad, que se congelaron para

siempre, y sientes otra vez que te arrastran por cientos de horas olvidadas, miles de horas a la deriva de todos los recuerdos. Pero pronto olvidas y sientes a lo lejos, como ladridos de perros mansos, el sonido inconfundible de aguas deslizándose por cauces conocidos y esperados.

-El río, el río —dices con una sonrisa nostálgica— el río, el río grande, el río...

Pero la vida recupera su ritmo; se descongelan las imágenes y eres absorbida por el eterno pasar de las aguas río abajo. Pronto la noche, las calles que reemplazarán al río, los cientos de luces desplazándose, el silencio sustituido por el bullicio aglomerado en torno a tanta gente que va y viene, que va y viene, que va y viene en un constante repetirse.

Las candelillas se quedan en la carretera, cerca del bosque, al otro lado del río.

Ahora el neón y el asfalto, otra vez, una vez más y siempre, quizás para siempre.

15 de diciembre de 2012

## LA ERA DEL SIMULACRO

De pronto, como si buscara la sorpresa, lo inhabitual, el encuentro fortuito, el acto transgresor, más para hacerlo sentir que para contrarrestar sus efectos, el entorno se pobló de huéspedes inesperados: tiempos, lugares, presencias, memorias, olvidos, imágenes, voces, silencios: seres abigarrados y con una tremenda prisa por colgarse de la aceleración de las cosas, como si en este gesto “se les fuera la vida”. En qué lapso sucedió todo, no podría precisarlo; en una generación, quizás, aunque decirlo así es tan vago como decir veinte años, quince años, diez años, períodos que en tiempos no lejanos tenían un sentido más preciso, una referencia más inequívoca. Hoy parecen mundos entre tantos otros mundos. Quizás lo sean. Nunca como hoy el ser y el parecer estuvieron tan cerca de la indistinción. Participan uno del otro, se miran, se hablan, se tocan, penetran uno en el otro como en sí mismos, con un gesto casi indecente y se abalanzan entre sí con una finalidad digestiva que los medios se encargan de diseminar como diseminan también las palabras con que refieren la condición pasajera, transeúnte consumible y devoradora de las cosas, la condición digestiva de los mundos.

Sin embargo, paradójicamente, en sus dimensiones de cosas o de palabras, esos mundos coexisten, no se suceden: no

termina de morir el más antiguo cuando renace en algo más reciente, asimilándose, camuflando su condición. Entonces, el pasado se resiste febrilmente. El futuro no quiere llegar como futuro. Todo se presentiza haciéndose rostro claro, evidencia sensible, traslúcida. Da lo mismo un museo que un estadio, un templo o una calle atestada de público que digiere. Hay que ser transparente, se dice. Es un deber moral, se fundamenta.

Pero, esta transparencia transformada en valor es engañosa; en ella las cosas parecen alcanzar altos niveles de virtud, casi tanto como los seres humanos; pero en realidad con esa “virtud” también pierden sus perfiles, se confunden, simulan ser lo que no son.

Con razón se ha llamado a esta época la era del simulacro: la impermanencia simula eternidad, lo permanente quiere ser visto como transitorio y del mismo modo que en muchos espejos retrovisores, hay aquí un llamado de alerta que nadie quiere ver, ya que en verdad los objetos están más cerca de lo que parecen. Pero esta advertencia sigue el mismo rumbo de tantas otras: solo parecen encender más el entusiasmo por consumir sus imágenes o al menos consumarlas, por devorarlas como a cualquier imagen, sean de cosas o sujetos. Y este comerse unos a otros no tiene solamente una referencia política o económica, como si el hombre en cuanto lobo del hombre sólo fuera un aspecto irrelevante, sino que hay también y preferentemente una referencia desatada por lo sexual. Y así, en la mirada del otro no hay solamente sensualidad, sino placer y deseo sin disimulo. Y así como el placer es la realidad más inmediata, para muchos la única realidad posible, el deseo es la fuente generadora de la realidad, de toda la realidad.

Entonces los huéspedes se apropian del presente, adentrándose en lo sensual, transformando al tiempo en pura instantaneidad y al instante en lugar privilegiado, la ocasión en momento oportuno, la expectativa en certeza, el azar en necesidad, la moral en estética, la belleza en corporalidad... “Una cosa por otra” ..., se dice, cínicamente, ... y parece ser lo normal... ¿Lo es?



03 de enero de 2013

## **UN ESCRITOR COMO TANTOS (OTROS)**

Como tantos otros, al principio quería escribir una novela. Primero se apasionó por las aventuras imaginarias; después se fue para adentro y comenzó a sentir placer por las sensaciones íntimas, secretas, solitarias. Sin embargo, esto no duró mucho. La impresión de que no avanzaba le fue quitando entusiasmo, pero no quiso rendirse. Leyó y leyó todo tipo de novelas, hasta convencerse de que su vocación y misión era el cuento. Entonces, con la misma fuerza, se concentró en ellos aferrándose como a un salvavidas, y mientras leía mucho y tomaba notas breves y sugerentes, fue ensayando algunas escenas, encuentros y desencuentros de vidas que había vislumbrado.

Pero, en estos intentos reiterados y llenos de extrañas emociones, se le fue pasando la vida sin que nada surgiera de esa pasión, la que finalmente se le transformó en una pasión inútil.

En el intertanto se casó, tuvo dos hijos y sacó una carrera universitaria, dedicando muchos años a ejercer como contador público en una pequeña industria de su familia. Cuando veinte y tantos años después la pasión literaria volvió a enfrentarlo al desafío de escribir, se dijo que ahora estaba mejor preparado porque a su juicio la experiencia era fundamental. Así se hizo un lugar y un tiempo en medio de su vida familiar y

laboral y por segunda vez se dio a la tarea de escribir cuentos, o relatos como los llamaba, narraciones que una vez más se fueron quedando en bocetos, proyectos inacabados que acumulaban frustraciones, decepciones, desilusiones, pero que no le abatieron.

Un día estuvo a punto de enviar un relato a un concurso municipal, pero desistió porque aún creía que estaban poco maduros como obras. Luchó hasta el final por dar con algo que a su juicio valiera la pena y que pudiera decirlo. Entonces como antes otra vez muchas cosas pasaron en su entorno, grandes o pequeñas, banales y tremendas, pero no logró discernirla en su valor, menos aún aprovecharlas como experiencias, a pesar de su convicción en contrario.

Una buena mañana se encontró enfermo, tuvo una infección interna que se diseminó rápidamente, una septicemia le dijo el doctor a su familia, y días después murió en el hospital público, rodeado eso sí por el cariño incondicional de su familia, la que nunca se enteró del todo de aquello que había sido su sueño y su pasión de toda la vida. Un día cualquiera de los siguientes, su esposa vendió la gran cantidad de libros que había logrado adquirir con esfuerzo y sacrificios secretos, mientras sus bocetos de cuentos desaparecieron sin que nadie se percatara. No se sabe de alguien que los hubiera leído en los últimos veinte años. Con el tiempo él mismo fue olvidado. Su mujer, aún joven, lo olvidó como sus vecinos lo olvidaron. También lo olvidaron sus hijos. Sus compañeros de trabajo lo olvidaron también. Y antes de que el último de sus pocos amigos lo olvidará, una tarde cualquiera, me contó esta historia que no he olvidado.



25 de enero de 2013

## **DE CARTAS (IN)TERMINABLES A O. (2012)**

Carta 5. De otros fantasmas

Oigo venir fantasmas de otras épocas y acomodarse en la habitación que está al frente de ésta.

La noche viene a la hora como esos trenes soñados antes del viaje.

Los fantasmas se instalan una vez más, prestando credibilidad a las cosas que pasan, oyéndolas pasar como esos ecos de una caverna, acaso también como el eco de pequeñas cascadas que se van sumando.

Es extraño, pero en momentos así me quedo en silencio, no me obedecen las palabras. Un largo grito parece que quiere surgir de las entrañas y abraza los espacios en que el tiempo estuvo alguna vez como a la espera de un milagro.

Pero, a diferencia del Ciudadano del Olvido, el milagro vino ya, lo sabemos ambos y vivimos de él desde hace muchos años. La niebla se tiñó entonces de esperanzas y los fantasmas parecen haber sido convocados también a celebrarlo.

Desde ese momento, la hora del lobo tiene otros designios. Los fantasmas parecen transfigurados, pero hay otros habitantes también, tú lo sabes, y tienes que aceptarlo.

Has venido para quedarte el tiempo que quieras, para irte también cuando lo creas necesario, pero ten presente que

dejarás aquí, en esta hora, una sombra que no se borrará de ninguna memoria ni seguirá el camino del olvido tormentoso de la ausencia. Entonces, una vez más, como en ese ayer lejano y sin redención posible, buscaré tu nombre en la arqueología de los tiempos y lo dejaré caer en la órbita de otras lunas nuevas y bellas.

Pero, los fantasmas se irán algún día y tú con ellos, no sé si decepcionados o conformes; y se irán como todas las cosas: río arriba, tiempo adentro, hacia su origen, hacia el comienzo del mito que compartes con ellos.

15 de marzo de 2013

## OTRA VEZ LA HORA DEL LOBO

Miró la hora en el reloj de pared cuando la primera campanada llenó la habitación y un sobresalto, ya reiterado, se apoderó de su voluntad y de sus nervios. Lo sorprendía siempre, sobre todo en las noches, cuando los fantasmas se apoderaban de su atención, arrastrándolo noche adentro.

Iba a amanecer; la hora del lobo estaba terminando una vez más y él esperaba expectante el momento en que la noche se separaba del día. Entonces los fantasmas y demonios, así como todas las bestias más horribles de sus sueños se retirarían también y él tendría un pequeño descanso hasta la noche siguiente.

“Esta es la noche”, recordó con emoción, y el pozo se le apareció como aquellas ánimas de otro tiempo:

—“quien no la vio así no la conoce”— dijo, repitiendo esas palabras que alguna vez calaran profundo en su espíritu. Después trató de concentrarse en esa historia que quería relatar, pero el sueño acumulado y el desconocimiento de muchos detalles le hicieron desistir y se quedó dormido sobre la mesa que le servía de escritorio.

Cuando despertó, horas después, casi al mediodía, se concentró de nuevo en el reloj de pared y la última campanada le puso fuera de alcance de esa hora temida y sin embargo

tan atrayente y cautivadora, hecha de fragmentos de vida y de terrores sin término. Un verso conocido vino entonces a su encuentro: “No pude asir más que un racimo de rostros y máscaras”, recordó, como voces provenientes del interior de la tierra y unos brazos delgados y largos, extremadamente largos salieron de la esfera del reloj y le buscaron con suavidad hasta hallarlo arrinconado, adentro, muy adentro de sí mismo. Entonces se dejó acariciar como todos los días y no se resistió cuando esos brazos cronológicos le arrastraron una vez más, suavemente, casi con ternura, hasta el borde de un espejo que, junto al reloj, eran los únicos adornos que había en esa habitación extraña.

Entonces, los brazos regresaron al reloj dejándole frente al espejo con una sensación de ahogo y náuseas que transmitió a los fantasmas que se habían quedado observando. Cabisbajos, casi desilusionados, ellos se retiraron también, después de haber aguardado toda la noche una palabra, una palabra sola que sacudiera el tedio y la desesperanza. Pero entonces se dio cuenta de que recién amanecía efectivamente. Y como cada vez, la hora del lobo se fue noche arriba, como en reversa, segura de que más tarde, sería otra vez convocada a comparecer ante el Contralor de las Horas. Por esto ya no luchaba por retener esa emoción provocada por la hora que se había ido y a quien seguiría esperando noche a noche: sabía que la hora del lobo volvería una vez más y que nuevos sueños de horror, permanentemente renovados en su reiteración, poblarían su memoria y su olvido.

10 de abril de 2013

## LA TORMENTA: EL REGRESO

Nadie podría explicar por qué una escena congelada hace tantos años en un paisaje que apenas se logró insinuar, podía volver a entrar al movimiento de lo que se vive o se vivencia. Aquellas figuras que parecían muertas, abrían, sin embargo los ojos y observaban como en una primera extrañeza, liviana todavía, ese alrededor austero en que habían quedado como bestias hibernando, y de a poco volvían también las palabras finales que pronunciaron antes de que el silencio profundo cayera sobre ellos acallándolos. Menos aún podían imaginar siquiera lo que iba trenzando sus historias con otras lejanas, pertenecientes a otros mundos.

—¿Janice?— dijo él, como en ese entonces, como si ese entonces volviera para ser revivido.

Pero ella, igual que esa vez, no contestó de inmediato. Parecía concentrada en la habitación en la que poco a poco iban apareciendo, sin que eso los extrañara ya, las únicas cosas que tenían: un catre, un velador, un par de sillas alrededor de una mesa rústica cubierta de un mantel de género gris, una lámpara antigua instalada junto a un pequeño sillón de cuero, un estante con libros y un pequeño escritorio, y también un armario en el que se veían instalados algunas prendas de ambos.

Dos ventanas medianas permitían ver la calle y las casas del frente a pesar de las penumbras. En la esquina, a pocos metros, las luces mortecinas del local nocturno, una suerte de bar-restaurant que de algún modo satisfacía las necesidades más urgentes de la diversión. Y frente a la puerta de ingreso al bar, a un costado de la calle, bajo el farol que iluminaba su entrada, se recortaba nítida la figura del mismo abrevadero de antes.

Por la ventana de la habitación que estaba más cerca de la puerta, ellos podían ver también el cartel colgante que identificaba el sitio que identificaba el cuarto: Hotel... pero el nombre no podía leerse más que desde la calle.

Janice se acercó a esta ventana, pasó frente al espejo, miró un instante con cierta extrañeza su rostro reflejado, después se apoyó en la ventana pegando la frente en el vidrio y observó, como la última vez, tantos años antes, el círculo de luz que se deformaba bajo el farol, sobre el abrevadero, por efectos de la lluvia incesante que ahora volvía a percibir. Miró entonces con la sorpresa acrecentada como si hubiera despertado recién, como interrogando; frunció el seño y oyó de nuevo su nombre en la boca de Luis.

—¿Janice? —repitió él sin poder salir tampoco de la propia sorpresa—

—¿Janice, estás bien?

—Sí —dijo ella—, pero era evidente que no lo estaba, que algo no funcionaba aún allí.

—Sí —repitió— pero hay algo extraño.

Sólo entonces se volvió hacia él como pidiendo ayuda.

Luis comenzaba a recordar y sentía que esos recuerdos, hasta los más inmediatos, provenían de muy lejos, de una hora que transcurría como por primera vez después de cientos, acaso

de miles de horas y que habían quedado grabados en la memoria de los tiempos. De esa memoria salían enhebrados en sus voces y cobraban vida otra vez, cada vez más a cada instante. Lo que ellos demorarían en darse cuenta era que venían a presencia en virtud del poder de una palabra incomprensible que les estaba haciendo un lugar en otro presente. Por esto cuando él se acercó a la ventana en que ella, como antes, observaba el abrevadero, y mirara la calle que se perdía noche adentro, lo que estaba aún oculto se manifestó y lo que estaba quieto como una lápida, enlazó las letras y formó las palabras nuevas en sus bocas sorprendidas. Entonces, lenta, muy lentamente aquel pasado remoto volvió del tiempo congelado y soltó las amarras de sus voces, repitiendo lo que ellos recordaron como los últimos momentos de una hora expectante: la hora en que se anuncia la Tormenta, la única tormenta capaz de abrir y de cerrar los abismos de sus almas.





30 de mayo de 2013

## LOS REMOLINOS

Después de cuarenta días y cuarenta noches, salió el sol en O.K., pero las escarchas siguieron ahí durante meses. Luego, el hielo comenzó a evaporarse lentamente; sin embargo, la tierra siguió endurecida, como apelmazada, durante muchos días. Cuando la evaporación terminó, entonces salimos a correr. El sol y el frío nos penetró hasta los huesos y nos volvió rojas las manos y la cara. Los días eran de un azul-celeste intenso y húmedo. Brillante.

Primavera, gritábamos todos, primavera, primavera y nos colgábamos de los árboles de las calles y de la plaza, mordisqueábamos los tallos nuevos de la hierba y de las pequeñas flores que iban apareciendo por aquí y por allá, desparramadas por la inmensa extensión de las praderas que se veían a lo lejos, hacia el norte-este, hasta chocar con el gran murallón de colinas y montañas. Después vendría el tiempo seco, pero vendrían también las manzanas, las cerezas y grosellas, las nalcas, el maqui, los chupones... y también los remolinos. Entonces saldríamos corriendo detrás de ellos y nos meteríamos adentro para vencer el temor y ser más grandes, más grandes.

De una u otra manera nuestra vida estuvo ligada a los grandes remolinos, nubes de polvo que adquirirían dimensiones gigantescas mientras iba deslizándose calles arriba con

un silbido paralizador. Era el puelche, decía yo entonces. Muchos años después me enteré que, del mismo modo que con los mirlos, estaba equivocado, y fue muy extraño y casi triste que ni el puelche fuera realmente puelche, ni los mirlos fueran mirlos. No puedo comunicar, sin embargo, la suerte de amarga decepción que me causaron ambas cosas.

Pero entonces era el puelche, y ese “puelche” comenzaba a llegar en oleadas sucesivas, finas y tenues, como preanunciándose al modo de los niños. Entonces empezábamos a preparar el ánimo para los días que vendrían. Un par de semanas después, los remolinos llegaban a adquirir el porte de una casa de dos pisos y muchas veces la mismísima estatura de los árboles más altos. Ni los más temerosos de Dios (porque nos decían que los remolinos era el reino del Diablo), ni los más miedosos y cautos dejaban de sentir, tarde o temprano la atracción indecible, la emoción, de verlos pasar y de correr “a la siga” de ellos, y, finalmente la prueba definitiva: introducirse en su espesura más profunda, en el centro mismo del polvo convulsionado, y correr, correr a ciegas, correr, correr calles arriba, arrastrados por ellos, prisioneros del azar y la esperanza.

Era como la prueba de la hombría. La gran prueba. Nadie podía gloriarse de haber hecho algo grande en este mundo si antes no había pasado la prueba... y haber salido entero, golpeado pero entero... y al final del recorrido. Eran dos cuerdas que parecían leguas. Es curioso, pero uno podía dilatar el momento del ingreso, pero una vez dado el paso grande y sentir que se estaba adentro, rodeado de polvo espeso e irrespirable, ya no había vuelta atrás. No recuerdo a alguien que haya desistido y abandonado la gran nube que te arrastraba con violencia calles arriba, hacia el final del pueblo. Allí te esperaba el grupo que había corrido contigo, pero afuera de

los remolinos. Ese abrazo final no era solamente el premio por una tarea cumplida: era el mejor y más elocuente signo de lo que a los nueve o diez años podías ostentar en tu camino por un mundo que empezaba y terminaba allí.



25 de junio 2013

## **DE UN DIARIO DESCONOCIDO, PARA UN TIEMPO OLVIDADO**

No sé qué es lo que va a pasar y por esta razón me atrevo a escribirlo. Lamentaría que los comentarios interesados y sobre todo que los prejuicios de una visión lejana falsearan estos hechos. Lo digo porque en estos últimos días he visto transformarse las miradas de quienes han creído “estar en el secreto” y de las sonrisas iniciales que reflejaron primero una novedad interesante han pasado a la sospecha de algo oscuro y tenebroso por lo incierto. Y como creo que pronto van a comenzar a manifestarse las miradas de desaprobación y desagrado, porque ya existe inquietud, quiero dejar en claro estas cosas, antes de un desenlace que no puedo prever. Sin embargo, no voy a pronunciarme sobre el posible valor moral de esas miradas y menos aún de esta confesión cuyo único objetivo es narrar tal y como se fueron desenvolviendo los acontecimientos. De ello no podré dar juicio alguno adicional porque no quiero justificar nada, menos todavía a mí mismo.

Las cosas comenzaron hace aproximadamente un mes y me atrevo a decir que de una manera fortuita. Aproveché un encuentro en los pasillos para hacerle notar que el corte en sus cabellos le caía muy bien. Hasta entonces, creo, ninguna palabra había cruzado con ella que no fuese estrictamente

académica y en la sala de clase. Incluso, se lo dije delante de muchos.

Ella sonrió y sonrieron sus dos o tres compañeros que iban a su lado. El efecto de este comentario se me hizo evidente, empero, en el transcurso de esa semana en la siguiente clase. No sé por qué creí adivinar en sus ojos una mezcla de alegría y de vergüenza cuando me miraba y que no me había sido perceptible antes. Había cambiado de asiento, aproximándose un poco a mi escritorio, y al finalizar se quedó para hacerme algunas preguntas. Entonces me dí cuenta de que algo se había establecido entre ella y yo. En un primer momento, que duró más o menos dos semanas, traté de convencerme de que estaba equivocado y de que todo eso no era más que una ilusión mía. Nada avanzó en todo este tiempo, pero su permanencia junto a mi mesa se mantuvo y se me hizo habitual. Siempre había alguna pregunta que hacer y yo le respondía con la misma sensación de incertidumbre. También se tornó habitual su actitud ante sus compañeros y las sonrisas y algunas bromas disminuyeron como si aceptaran la posibilidad de una amistad un tanto extraña, pero, en todo caso, no imposible.

Más de una vez nos encontramos en los pasillos, las escaleras, en el casino o en la biblioteca y conversábamos algunos minutos. Otras veces solamente nos mirábamos largamente sin decirnos más que un “cómo está, cómo le ha ido”. Pero era como si siempre estuviéramos presente, y las cosas seguían un rumbo nada extraordinario. El único cambio producido en esa nueva rutina se realizó al momento las vacaciones de invierno. Por primera vez en todo el semestre ella vino a mi oficina. Pero todo fue muy breve. Apenas abrió la puerta y, sin entrar, me dijo que venía a despedirse. Ni siquiera me dio tiempo a incorporarme.

“¿Nos veremos profesor?”, preguntó. Y por primera vez sentí que algo dejaba de ser rutinario, no sé, quizás por su mirada, o el tono de su voz, algo como un temor que no podía disimular, no estoy seguro, se me confunden ahora estas escenas. Le dije que sí, que esperaba verla cuando volviera. Entonces, sin perder su sonrisa, cerró la puerta y se marchó. Por un momento sentí sus pasos alejándose por el pasillo y descubrí entonces algo naciendo en una suerte de emoción suave, nueva, que no pude definir.





30 de julio de 2013

## EMOCIONES ENCONTRADAS

Cuando esa mañana de noviembre leía los aportes con que el grupo de estudiantes contribuía al desarrollo del curso, no podía ni siquiera sospechar la serie de eventos que, sin relación alguna, se desencadenarían a golpes de palabras; la simple secuencia era sólo un ordenamiento externo y aleatorio. ¿Qué los unió entonces?, ¿a qué exterioridad poderosa obedecieron? Quizás uno se sentiría tentado a decir que parecieron esperar una orden, una palabra perentoria que los pusiera en movimiento, una voz reveladora que los convocara. Es difícil saber esto. Sin embargo ahí estaban los hechos. Y es claro que ellos mismos no podían autoimponerse la acción ni su sentido, ni reaccionar mecánicamente como un autómatas. Por esto, cuando horas más tarde, los fantasmas comenzaron a apretarlo contra la noche, hacia la niebla, no tuvo más alternativa que intentar hallarles un sentido. Lo que no podía saber era que en este empeño estaba acercándose sin saber a uno de los más grandes misterios: la lucha del azar por hacerse un sitio y defenderlo como una manera de evidenciar el lazo sutil e invisible que une las cosas con su atmósfera, con su ambiente, con su sitio. Entonces los miró alternativamente y los fue reconociendo, armándolos como un rompecabezas: eran como imágenes de textos olvidados, como fragmentos de sueños arrancados al

sueño grande, al ensueño, apenas imágenes de vivencias y recuerdos efectivos envueltos en la niebla y transfigurados en imaginarios sutiles y profundos, trozos de conversaciones sin comienzo ni término, tensos como deseos incumplidos o insatisfechos, y todos ellos muy ajenos a esa habitualidad tanto tiempo establecida e incommovible. Entonces, ¿por qué ahora? Sólo podía ser que algo las sacara de ese estado calmo que da la banalidad y la insignificancia que había cubierto la herida, y las metiera otra vez en la inquietud, en la zozobra, en la incertidumbre que se genera tras todo quiebre de un orden ya anquilosado y en apariencia imperturbable o imperturbado.

En esas grietas que se abrieron desde lo más profundo de su geología, allí, en esas cavernas de grandes penumbras, se estaban agrupando los fantasmas después de tantos años de silencio y de faltos de esperanza. ¿Qué les quitaba las cadenas?

Es claro que solamente podía percatarse de lo inmediato: sus emociones encontradas.

“Mis emociones”, dijo, “mis lejanas emociones”.

Lo otro, lo que ocurría al mismo tiempo, pero separado por espacios inconmensurables, era atraído lentamente hacia ese encuentro, sólo que de ese encuentro no tenía entonces ni la más mínima sospecha.

Así, mientras esto acontecía, escribió más tarde, años después, los otros eventos, tres en verdad, se ordenaban para entrar en un tiempo común sin que sus protagonistas lo notaran. “Esto podría significar que lo extraño también tiene un contexto, se dijo, y que no pueden hacerse visibles sino cuando ya han sucedido o cuando ya no hay remedio”. Por eso es que suelen ser pocos los que acceden a esas manifestaciones de lo oculto y ver las señales como pistas para lo que va a venir. Y como ninguno de estos eventos parecían tener prioridad unos

sobre los otros, podemos elegir para su relato inicial aquel que se mostraría menos extraño a los ojos de sus actores o de sus intérpretes.



26 de agosto de 2013

## LA FISA

De pronto quedamos silenciosos. Quizás porque en ese instante se encendieron las luces en las calles y el bullicio de los motores y las voces se iluminó contra la tarde, como si la aguardara. Entonces siguió anocheciendo. El bus continuó al mismo ritmo. Fue como un relámpago solamente. Afuera, los pequeños automóviles siguieron sorteando las líneas, los anuncios del tránsito y las micros como si todo aquello no fuese más que un juego sin importancia. Parecía Rutina, sólo Rutina. Sin embargo, nunca fueron *tiempos sin redención*. Esa convicción la llevaba en lo más hondo de todas las almas que entonces poblaron días y noches como un espectáculo inacabable.

No sé cuánto rato pasó mientras La FISA se presentía muy lejos todavía. Lo digo por la cara de Rubén. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle. Yo solamente miraba el movimiento de los vehículos, el sucederse de las luces, los fogonazos de los semáforos y esperaba no sé qué cosa indescriptible que debía suceder, cosas de esas que anhelaba que acontecieran hacia ya varias semanas, meses, años quizá. Y la FISA prometía cumplirlo, igual que tantas otras veces en otros lugares que prometieron también, el cine, el fútbol, el bar por las tardes de domingo después de los partidos de La Chile, alguna fiesta universitaria, una plaza sola, un recuerdo, en fin, tantas oca-

siones en que había esperado aquello que extrañamente se venía retrasando y retrasando sin ninguna explicación. Casi me resultaba familiar ese alejarse y alejarse de los horizontes, en medio de tanta renovación de expectativas.

No se lo dije a Rubén; en realidad nunca dije a nadie esta esperanza mía de que algo sucediera alguna vez, un encuentro o un reencuentro, una palabra, una mirada. Quizás porque en el fondo presentía que no valía la pena. Quizás por temor, o por vergüenza. Me incomodaba la salida del orden, cualquier desvío de la norma.

Entonces, sin anunciarse, la FISA apareció con toda su violencia.

20 de septiembre de 2013

## NEVENKA

Bueno, creo simplemente que hay cosas que no merecen tanto olvido, dijo aquella vez Nevenka, y me sugirió escribirlo. No había nada de excepcional entonces: la Universidad, la tarde oscureciéndose, los pasillos a punto de iluminarse, los carteles anunciando reuniones, las murallas pintadas con grandes letras rojas y negras llamando a combate, grupos de muchachos yendo de aquí para allá, sin prisas, algunos gritos sueltos, una sala iluminada y la figura del profesor, como una sombra, apareciendo y desapareciendo tras las ventanas, en fin, lo que hacía un par de meses había estado viendo pasar por mi lado con una realidad dudosa, sin contornos fijos, sin perfiles definidos... En medio de esto, la voz de Nevenka rescataba algo distinto: me traía a presencia una realidad más neta, más viva, más inmediata. Qué extraño era estar por primera vez contando un sueño largo de otro tiempo sin ruborizarme y sin el temor de entonces, viéndolo surgir de una memoria viva, ser partero de aquellas ilusiones que parecían alejarse ya, pero nunca olvidadas verdaderamente, y, sin embargo, sabiendo que ya no me pertenecían. “Bueno, dijo entonces Nevenka, simplemente creo que hay cosas que no merecen tanto olvido. Deberías escribirlo”.

Quizás si aquello fue providencial. Alguna vez sentí que si había algo mío en este mundo, era este sueño y que escribirlo podría ser como asistir a su origen..., ser contemplador de una vivencia rescatada del tiempo...

Me apasionaba la idea, lo confieso. Pero la encontraba difícil de realizar. No me sentía capaz de reencontrar su sentido y me perdía entre tanta anécdota imposible. Entonces el libro se me hacía interminable. Pero las palabras de Nevenka mostraron de pronto un camino. Y lo vi como estaba viendo aquellas tardes del Pedagógico, los prados y árboles sumidos en la oscuridad y el silencio, apenas roto por una cuantas voces y gritos y risas, esta y la otra sala desocupándose camino de las calles, Macul, Castillo Velasco, el paso raudo de las micros y autos... eran parte del mundo de allá. Y frente a todo esto, el sueño se recortaba nítido, incontaminado. Ninguna convicción, ninguna realidad, nadie, sólo el ir y venir de las imágenes que hacía mucho tiempo habían vivido en mí, sin otro escenario que la habitación de mi casa en Cunco, las del hotel en Los Lagos o las inmensas piezas comunes del Internado en Temuco.

Entonces tuve un primer esbozo del sentido que buscaba. Y mientras caminábamos hacia la salida y después, cuando ya solo, me dirigí a la pensión, el sueño se fue acercando otra vez y pude ver una vez más los rostros de esos personajes casi olvidados, salir de las sombras de mi memoria y apropiarse otra vez de sus vidas, manifestarse llenos de entusiasmo en sus inseparables escenarios. Cuando, meses después logré escribirlo bajo el nombre de "Al otro lado de la niebla", el sueño comenzó a desaparecer para siempre, del mismo modo que desapareció Nevenka y esos tiempos iniciales del Pedagógico, para dar paso lentamente a una atmósfera más fría, más calculada, más terrena, más política.



Muchos años después, en un mundo solitario, lleno de temor y de vergüenza contenida apenas, “Al otro lado de la niebla”, junto a otros relatos que me situaban en un tiempo desvanecido, desapareció en pequeños trozos incontables, irrecuperables... definitivos.



26 de octubre de 2013

## CARA DE MUSEO

Hay una imagen antigua, pero siempre renovada, que suele acudir a mi memoria alguna vez cada año, como si se resistiera a morir o a perder vigencia. Es el Museo. Recuerdo que en mi época escolar de OK. había en mi casa una niña menudita y sin gracia, de la edad nuestra, que iba por las habitaciones detrás de una orden, expectante de cualquier insinuación, tímidamente, y siempre inadvertida, con sus grandes ojos claros y ese gesto estúpido de su boca entreabierta y húmeda, pero, al mismo tiempo, tan frágil, tan débil, tan poca cosa. Casi nunca respondía o se rebelaba. Parecía comprender que su papel a nuestro lado era el de servir de coraza para los demás y asumía ese rol con humildad o con llanto. Entonces parecía que todo su rostro se empapaba y desde el fondo de sus ojos surgía la imagen de la súplica. Con esta niña relaciono esa imagen de la que hablaba, el Museo, a ese rostro suyo, a esa cara quieta, hecha de puras expectativas...y remembranzas. A veces, cuando recuerdo sus sacrificios sin recompensa, pienso que es injusto el nombre con que la recuerdo. Pero es inevitable. Por eso cuando me topo por ahí con alguien que se le parece o cuya actitud la trae a mi memoria, digo sin intención, casi con pena, “Cara de Museo, Cara de Museo...”



30 de noviembre de 2013

## **BANDADAS**

Una de las pocas cosas no contaminadas de mi vida, es el recuerdo de aquellas inmensas, inmensas, bandadas de choroyes que en las tardes del verano cruzaban los cielos de O.K. en busca de la cordillera. Arriba el ánimo y la emoción desatada, el latir del corazón confundándose con el batir de tantas alas y lleno el aire de sonidos...

De pronto la campana de la iglesia que anunciaba la proximidad del rosario enmudecía a aquellos pájaros bochincheros... y un silencio profundo caía sobre la tierra. Entonces la emoción nos sobrecogía y nos hacía sonreír con nerviosismo: la sombra de los pájaros, de la bandada interminable, se deslizaba sobre el polvo de las calles, y cruzaba patios y casas, ondulante como una ola de tenue melancolía. Era emocionante ver esa sombra gigantesca, silenciosa, contrastar con el bullicio verde de arriba, hasta desaparecer como una acción de magia inapresable.

He tratado muchas veces de encontrar otra vez esta emoción, de asistir a su segunda oportunidad, ver las cosas sin disimulo, alejado de la vergüenza, del temor, de la tristeza... el simulacro. Pero he aquí que todos los caminos me han traído a contemplar una pobre, muy pobre, imagen de

De esto y aquello

un deseo incumplido. Esta confesión dolorosa no habría sido posible ayer, cuando aún creía, ingenuamente, que había un fondo insobornable en toda existencia.

27 de diciembre de 2013

## ADRIANA

Fue antes, mucho antes de que las noches dejaran de ser soledad y miedo. Si tuviera que fijar alguna fecha, no tendría modo de decirlo. Quizás usando algún símbolo, o a lo mejor, algún verso. Sin embargo creo que no es posible. Sólo sé que estaba en medio de las sombras y que los monstruos de siempre acechaban más allá de la puerta, en el corredor, en la galería, en la muralla de grandes ventanales por donde se escurría la noche desde el huerto. Más allá presentía las líneas ferroviarias e imaginaba dormir aquella máquina inmensa, luego los campos cubiertos de madera aserrada y más allá el resto de las calles en silencio permanente, oscuras como los cerros a lo lejos. Todo este paisaje se cernía sobre mí y esas figuras indecisas que brotaban de él me mantenían despierto. Fue una noche así. Es lo único que podría considerarse como una fecha.

Vino desde las calles amagadas, bajo una de esas tormentas que solía durar semanas. Vino corriendo. Gritaba. Cuando la vi en la esquina se parecía a uno de mis sueños. Más de un relámpago la iluminó alguna vez y la luz se quedó en su camión mucho tiempo después de que el relámpago arrastrara los truenos noche arriba, mientras la lluvia nos seguía mojando. Fue entonces que pude ver sus ojos desorbitados mirarme breves instantes. Después la vi correr hacia mí, la sentí estrecharme

con fuerza, cubrirse con mis brazos, y buscar algo, no sé bien, algo dentro del alma. Entonces balbuceó entrecortada:

- Llévame, llévame Claudio, por favor llévame...

La separé un instante para mirarla. Todavía no salía de mi asombro. Temblaba como ella sin saber. Pero fue muy breve todo. Desesperante. Apenas distinguía sus rasgos en la oscuridad y la lluvia incesante. Sólo la sentía llorar y en mis manos se iba impregnando su jadeo insoportable. Yo buscaba sus ojos tratando de averiguar, de interrogarla, pero sólo podía darme cuenta de su llanto de vez en cuando iluminado por relámpagos. Fue entonces que comenzó a repetir una y otra vez que la llevara. Su mirada suplicante se quedaría en mi memoria muchos años.

— Adriana — dije y no supe qué agregar entonces —

Adriana... Por favor —suplicó otra vez— por favor, llévame.

— y su mirada pareció encontrar el fondo de mí.

Pasaron algunos segundos. Entonces se separó lentamente. Podía adivinar su boca entreabierta y algo de esa emoción que estaba exteriorizando. Podía suponer que me pedía algo más que un favor... Pero allí me quedé mirándola retroceder decepcionada, mirarme otro instante largo, largo como la última esperanza, y luego volverse y correr calle abajo, hacia su casa, como un fantasma... como uno de esos fantasmas que vendrían después, cada noche, con cualquier pretexto, desde la galería, o el huerto o la calle, simplemente la calle.

Pero esta vez me dejaron una sensación extraña en las manos y en las sienes, algo que se me iba impregnando en el cuerpo junto con la lluvia torrencial, haciéndose carne y lluvia, extraña materia, creo, muy extraña...





**ESTE LIBRO HA SIDO POSIBLE  
GRACIAS AL TRABAJO DE**

**Autoridades Universidad de Los Lagos**

Óscar Garrido Álvarez,  
Rector Universidad de Los Lagos  
Patrick Puigmal  
Vicerrector de Investigación y Postgrado  
Sandra Ríos Núñez  
Directora de Investigación

**Consejo Editorial**

Gonzalo Delamaza Escobar, Doctor en Sociología  
Diana Kiss de Alejandro, Magister en Comunicación  
Patrick Puigmal, Doctor en Historia  
Nicole Fritz Silva, Doctora Internacional en  
Actividad Física y Salud  
Jaime Rau Acuña, Doctor en Ciencias Biológicas  
Gonzalo Miranda Hiriart, Doctor en Salud Pública  
Mita Valvassori, Doctora en Literaturas Comparadas  
Andrea Minte Müzenmayer, Doctora en Educación  
Ricardo Casas Tejeda, Doctor © en Ciencias Humanas

**Comité Editorial Especializado**

**Ciencias Sociales, Políticas, Económicas e Historia**

Gonzalo Miranda Hiriart, Doctor en Salud Pública  
Patrick Puigmal, Doctor en Historia  
Jorge Muñoz Sougarret, Doctor en Historia  
Marcel Thezá Manríquez, Doctor en Ciencias Políticas  
Fedra Cuestas, Doctora en Filosofía

### **Comité Editorial**

Ricardo Casas Tejeda, Director  
Carolina Carillanca Carillanca,  
Coordinadora editorial de libros  
Kiyen Clavería Aguas, Ilustradora  
Alexis Hernández Escobar, Director de arte

### **Área de Administración**

Daisy Ovando Millan, Secretaria Vicerrectoría  
de Investigación y Postgrado  
Cecilia Cárdenas Garcés, Profesional de Apoyo  
de la Dirección de Investigación  
Cristina Navarro García, Jefa Unidad Logística,  
Adquisiciones y Bodega  
Alejandro Jiménez Alvarado, Encargado de página web

Este libro se diseñó utilizando la fuente Literata  
diseñada por Veronika Burian y José Scaglione. Se  
utilizó papel bond ahuesado de 80 g impreso  
a una tinta, su encuadernación es rústica,  
costura, entape hotmelt. RPI: 2021-A- 5764  
ISBN: 978-956-6043-40-9 Desde el Sur  
Cultivamos saberes, cosechamos  
libros editorial@ulagos.cl  
editorial.ulagos.cl  
Cochrane 1070,  
Osorno



